LAS MUJERES DEL ARTE [1]

EVA

(MILTON)

.....Las flores su corola
desplegando, lanzaron su perfume
á la primera brisa; los capullos
se irguieron en su cáliz; de las aves
resonó el primer trino; en los inmensos
espacios, en los montes, en las selvas,
en los ríos, el mar y las llanuras
se elevó cadenciosa la armonía
universal. El cántico sublime
del Empíreo se oyó sobre las nubes:
la tierra bañó el sol en polvo de oro.
Y nació la mujer.
Su nívea frente
circundaba el cabello desprendido
como cascadas de oro por su espalda.
La luz, al reflejarse en su albo seno,
quebrábase en mil tonos de blancura
sobre las suaves curvas de su tronco
que besaba al pasar; en su mirada
el universo entero sonreía;
vagaba en su redor el grato aroma
de la pureza y el candor. ¿Quién pudo
soñar algo más bello, más sublime
que la mujer primera?...
Como el fuego
abrasador surgió del hondo cráter,
como el rayo del cielo, como el ronco
trueno que sobre el mar se extiende y rueda
toma del fuego celestial su origen,
de ella el dolor surgió, terrible, impío,
tan sólo porque es noble y purifica.

FRINÉ

(PRAXITELES)

Falta allí el corazón, la mirada,
el cerebro, los nervios, la idea,
y parece, no obstante, que el mármol
mira, siente, estremécese y piensa.

—

El cincel prodigioso, el secreto

[1] De un libro en preparación.

encontró de dar vida á la piedra,
y el latido en el pecho se escucha
y la sangre circula en las venas.

—

¿Para quién, sin embargo, un enigma
puede ser esta mágica empresa?
El amor con el arte de acuerdo
puede hacer inmortal la materia.

SAFO

Diana, tras lenta marcha, su diadema
hunde en el ancho mar; amante y sola,
Safo lanza al espacio, apasionado
canto sublime.

—

—«Pálida cual la cera, por mis venas
corre fuego sutil; el sudor frío
báñame temblorosa, espesa nube
vela mis ojos.

—

»Venus eterna de dorado carro,
hija de Jove que volaste al éter,
¡Vén á escanciar en copas de rubíes
néctar de amores!»

—

Safo enmudece; el genio de la noche
aduérmela por fin; la frente inclina;
el aura, entre sus labios, silenciosa
fíngela un beso.

CLEOPATRA

(CORNEILLE)

Ya la hermosa y altiva soberana
volar siente la muerte por su frente;
si hoy lloran las esclavas solamente,
Egipto entero llorará mañana.
No en el carro del César la liviana
turba verá á la reina prepotente;
si vencer pudo Octavio fieramente,
no fué de su arrogancia sobrehumana.
Arden los humeantes pebeteros,
el áspid su ponzoña vierte impura,
y el rostro en el tapiz las siervas gimen.
La reina oye sus ayes lastimeros
y la certera muerte se asegura
de la mujer que es grande hasta en el crimen.

ANTONIO ZOZAYA.

EN TRANVÍA



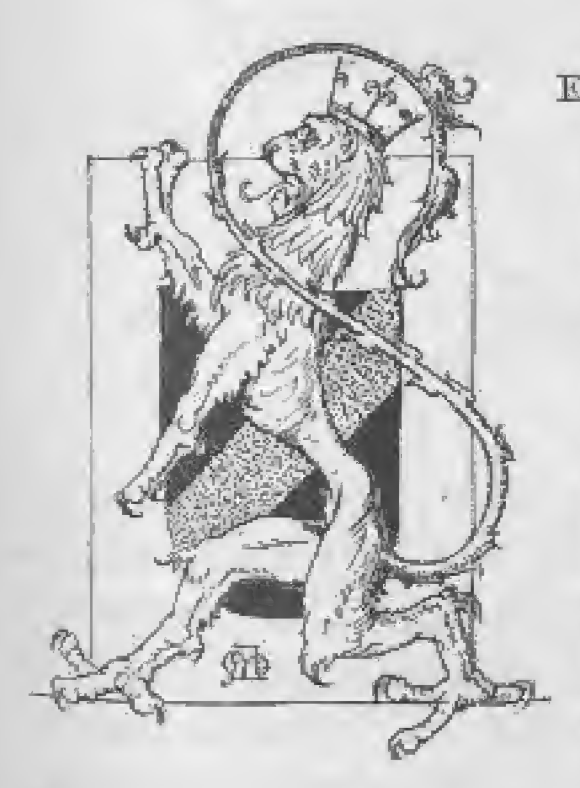
—Si de ser, como presumo,
caballero, usted se ufana,
preguntar debió á esta anciana
si la molestaba el humo.
—¿Y tú, por qué, deslenguado,
no tuviste esa atención?
—Yo no tengo obligación,
porque estoy mal educado.

EPIGRAMA

Desde ayer es mi vecino
un pariente de Calino;
anoche le visité
y ahumando un vidrio le hallé,
sin comprender su destino.
—Si es mi visita importuna...
dije al entrar.
—¡No á fe mía!
—¿De veras?
—Sin duda alguna;
á observar me disponía...
—¿El qué?
—¡Un eclipse de luna!



LA MITAD DE LA JUSTICIA



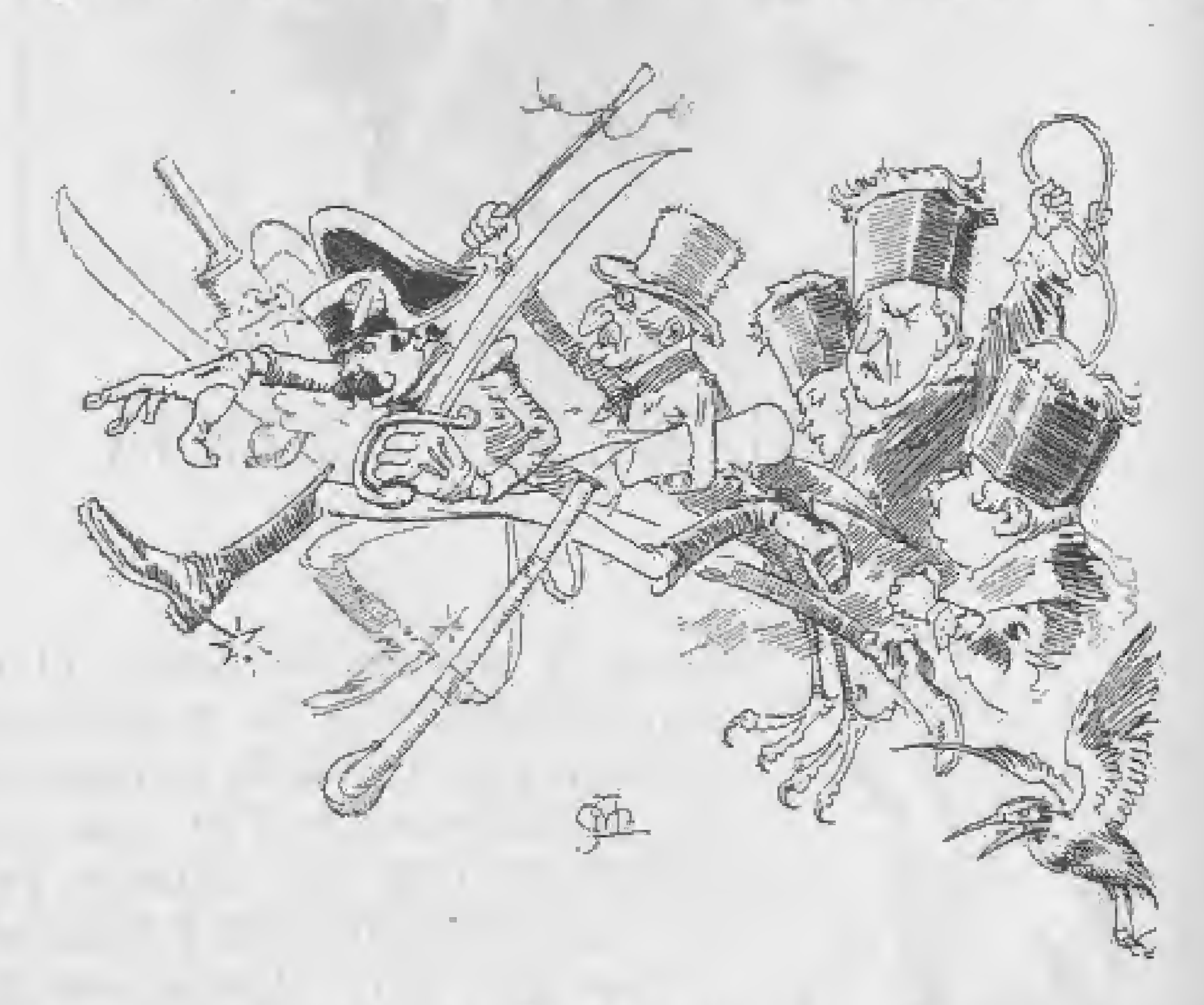
EÑORAS y señores:—añadió el orador, saludando á la concurrencia, que había aplaudido la primera parte de su discurso.—Veo que estáis conformes con mi sistema penal, para que haya justicia y equidad en el castigo. Pero, ¿puede ser justa una sociedad si sólo ejerce la dura función de castigar, y no suaviza y completa la acción pública con premios y recompensas á las buenas acciones? ¿Qué justicia es esa, que encarcela, aherroja y da garrote al delincuente, y no protege al benemérito? ¿Cómo se ha escrito un Código penal y no existe otro código recompensal?

¡Ah, señores! La idea de la justicia eterna abraza los dos extremos. De ella hemos tomado el limbo, que es la prevención; el purgatorio, que es la cárcel, y el presidio, que es el infierno. Como veis, nos hemos olvidado de la

gloria. La justicia humana sólo ha tomado la parte del demonio. No debe representarse en los grabados con la espada y la balanza; hay que quitarla el peso y dejarla el espadón; ó, mejor dicho, sustituir la espada con dos cuernos.

—Si me dejan cesante, me decía un antiguo magistrado, peor para el gobierno; peor para todos. En mi larga carrera sólo he aprendido á ahorcar. ¡Ay de los que caigan!

El funcionario público sólo conocía el arte de hacer daño. ¿Por qué no han de practicar esos personajes el arte de



hacer bien? La idea de la justicia sólo llega á nosotros acompañada de bastones con borlas, fajines, birretes, sables, tricornios, revólveres y varas de alguacil. ¡Qué indumentaria tan desagradable! Yo propongo alegrar sus atributos con faldas de raso, copas de champaña, coronas de laurel, joyas, pinturas y dorados uniformes. No creáis, sin embargo, que trato de sustituir la severa toga del magistrado por sobrefaldas de color de salmón bordadas de oro, como la que luce Sara Bernhardt en *La dama de las camelias*. No y mil veces no: conserven su tradicional funda de seda aquellos próceres, cúbranse con el birrete de borla que parece el estuche de las leyes. No trato de alterar la forma arqueológica de aquella personificación de la justicia, ni

descomponer la clásica caída de los pliegues de su toga. Escuchen y distingan: formulen y sentencien. ¡Felices ellos, á quienes la ley y la costumbre, previsoras, les dieron hechos de antemano la fórmula para discurrir, las penas que aplicar, y hasta el lenguaje en que han de encajonar sus pensamientos, que viene á ser la toga de su estilo!

Señoras y señores: Perdonadme esta digresión y permitid que exponga cómo debe el Estado ejecutar el acto inverso



al único que hoy ejerce; es decir, cómo ha de premiar á aquellos que lo merezcan.

Pues escribiendo el Código y estableciendo con su escala gradual los premios de las grandes acciones y los méritos: nombrando tribunales que hagan felices á los buenos: instituyendo una policía de chicas guapas que prendan á los sospechosos de bondad, y de buenos mozos que arresten á las hembras. Unos ú otras serán conducidos á la prevención en un landó, y la prevención será una fonda: si hay motivo para elevar á prisión aquel arresto, serán conducidos á un palacio y mantenidos como príncipes, mientras la causa se

tramita. De allí saldrán para su casa ó desterrados á baños, Exposiciones y viajes de recreo, ó condenados á presidio.

¡Oh! ¡El presidio! ¿Sabéis en qué consistirá el presidio de los ciudadanos beneméritos? Una vida de lujo y abundancia, coche propio pagado por el país, mesa espléndida, abono en el Real, todos los caprichos realizados con un simple deseo, respeto público, música cuando el oído la reclame, y un séquito de alabarderos públicos que le aplaudan y celebren todo lo que diga. Quiero, señores, que las buenas acciones den derecho á la prosperidad, al respeto, á



los placeres, á todo lo que sólo se suele conseguir en este mundo haciendo picardías.

Hay un triste funcionario, el verdugo, encargado de aplicar la última pena, la pena irreparable. Pido otro funcionario que sea su antítesis, un hombre ó una mujer, según los sexos, dedicado á hacer la ventura perpetua del sentenciado al último placer, á la felicidad irreparable. Este ángel de la guarda velará su sueño haciéndole cosquillas en los labios para que sueñe cosas gratas. Se sonreirá cuando despierte; adivinará sus caprichos para que se ejecuten al instante; le adulará y le hará dichoso, infundiéndole por el hipnotismo ideas agradables. El sentenciado tendrá cuenta abierta en todas las tesorerías para que gaste lo que quiera. Y así como en Oriente tienen los sultanes y bajáes un esclavo con

un abanico que ahuyenta los insectos, tendrá el venturoso ciudadano una guardia que expulse y haga huir á toda persona molesta y fastidiosa.

Señoras y señores:

Hay en el mundo media justicia nada más, y pido que se establezca la otra media. Hoy nadie tiene seguridad de no ser arrestado, enviado á presidio ó de no morir en el patíbulo; pero todos tenemos la certidumbre de que por grande que sea nuestra abnegación y filantropía, la contemplarán



con indiferencia los encargados de la administración de justicia. Diréis que hay una cruz llamada de Beneficencia para premiar ciertas acciones. Yo me quedé sin ropa por salvar á una familia y me dieron esa cruz. Como veis, por mi traje, no tengo sitio en él donde colgarla.

¡Ah! Si existiera el presidio que propongo, haría heroicidades para entrar en ese establecimiento, optando por el sistema celular, para aislarme de los hombres. La felicidad suprema es tener un cuartito cómodo y elegante, y no saber quién manda, ni quién se muere, ni lo que se habla y se escribe, ni oir ruidos humanos, y dejar volar la imaginación con sus alas infatigables y ligeras...

Soy un filántropo ignorado porque no he presentado á la nación el recibo de mis méritos; estoy solo entre vosotros; mi mujer se escapó, dejándome su retrato y entregando el original á mi pasante. Si hubiera justicia no estaría solo: la sociedad me hubiera resarcido enviándome un coro de odaliscas que danzasen en torno mío, como hacen en el tercer acto de *Roberto*. Estaría condenado á cadena perpetua de mujeres... A la justicia humana le sucede lo que á mí: le falta su mitad.

Y el discurso terminó aquí, interrumpido por un correazo sonoro que recibió el orador en las espaldas.

Era que le llamaba al orden el loquero.

José Fernández Bremón.

Madrid.



EPIGRAMA

—¿Se ha enojado tu mujer?
—Hombre, sí, quiere ir á baños,
y me opuse y me arañó
y hubo en la mesa un escándalo.
¡Lo de siempre! mas no temas:
son *tormentos* de verano.

Á BORDO

À LA ILUSTRE ESCRITORA

Sra. D.ª Juana Manuela Gorriti



ERMOSA majestad de la serena
noche estrellada; plácida armonía
del infinito cielo, que resuena
dentro del alma mía;
augusta soledad; bóveda llena
de misteriosos signos, explicadme
vuestros secretos que á entender no llego
y de la vida universal habladme
con esas letras de perenne fuego;
mientras tranquilo por el mar á solas
rompiendo va las olas
el rápido bajel en que navego.
Regiones siempre bellas
del azul insondable, yo he subido
constantemente á ellas
cuando en ansias sublimes encendido
mi espíritu ha sentido
la innegable atracción de las estrellas.
Mas nunca como ahora
he visto tan hermoso,
tan puro el firmamento.
Pasó la media noche y es la hora
tranquila del reposo.
Nuestra nave con raudo movimiento,
como un negro fantasma, se desliza
entre espuma de nítida blancura,
levantada al surcar esa llanura
que el viento apenas riza.
Arriba, la dorada muchedumbre
de estrellas y luceros tachonando
la cóncava techumbre;
abajo, el mar profundo
con misteriosas voces resonando;
en torno, ese otro mundo
de lo desconocido ó de la nada,
y en todas partes sin cesar vagando
entre abismos sin fondo la mirada;
mientras calmado llena
el vago viento la región serena

de ese espacio sin nubes,
gimiendo triste y amorosamente,
como notas lanzadas por querubes
que invisibles poblaran el ambiente.
Todo convida á meditar, ¡oh! calma
solemne de la gran naturaleza,
que á despertar empieza
la admiración y el vértigo en mi alma.
Extático contemplo
ese del Creador único templo
digno de su grandeza.
Fijo la vista absorto en la belleza
de las constelaciones
que en sus tronos sentadas resplandecen;
en los mundos sin término, girando
en torno de otros soles, y prestando
vida, calor á mil generaciones
de seres ignorados, que aparecen
en giro perdurable, pasan, huyen
y al caos del no ser se precipitan,
como éstas que en la tierra, batallando
eternamente, habitan.
Ante la creación sublime y bella
¡cuán pequeñas é inútiles parecen
las férvidas pasiones
que á la soberbia humanidad agitan!
¡y cuán pequeña es ella
si este, su globo mismo,
su alcázar, su magnífico palacio,
es un grano de arena en el abismo,
un punto luminoso en el espacio!
Y si un punto de luz lanzado al viento
es la tierra bogando en el vacío,
como va por la mar el macilento
fanal de mi navío,
¿qué seré yo, Dios mío,
perdido en el confuso movimiento
de esa infinita pequeñez que asombra?
De un gusano de luz la débil sombra,
menos quizás; y aunque la mente vuelva
de mi ser á la esencia pensativa,
seré la sensitiva
olvidada en la selva
de un país ignorado por pequeño.
Eso es tal vez el hombre, que se nombra
de lo creado soberano dueño,
de Dios imagen y perfecta hechura:
sombra que pasa y dura
¡ay! lo que dura un sueño.
Pobre infusorio cuya mente hiere
el reflejo fugaz de algo divino
y con orgullo adivinarlo quiere;
y piensa, y lucha y muere

ignorando al morir para qué vino;
sin conocer la suerte que le quepa
al abatir ó al remontar el vuelo;
sin saber los misterios de ese cielo
y sin que al cielo importe que los sepa.
Mas si lucha y medita,
¿nunca tendrá satisfacción colmada
la noble aspiración en que se agita?
¿volverá con sus dudas á la nada?
¿Inútilmente anega
su alma en el infinito? ¿inútilmente,
en holocausto de su fe bendita,
sabio ó legislador la vida entrega?
¿Y es inútil también esa fe ciega?
¿Y es su sola mansión eternamente
este pequeño globo en que navega?
Navega como ahora
por el mar vago yo: va recordando,
entre dos diferentes hemisferios,
envuelto por la noche, engendradora
de dudas, de misterios,
los seres que dejara sollozando
en lejana ribera,
y esos otros que espera
abrazar en llegando.
Pero al fin llegará: vendrá la aurora,
disipará la niebla
que de su mente el porvenir esconde
y en alas de su espíritu volando
irá... ¡quién sabe dónde!
Ante la fuerza oculta que el gobierno
rige del universo incontrastable,
nada es ínfimo, y vil, y deleznable,
porque todo es eterno,
todo inconmensurable.
Y hay acaso en la gota desprendida
de rocío en mi frente
centro de lucha y vida
tan hondo é insondable
como ese mar rugiente.
El tiempo, la distancia, la medida,
lo grande, lo pequeño, vagos nombres
inútiles del cielo en la presencia
que no sabe el idioma de los hombres.
Hasta allí, sólo alcanza,
no el vuelo de la ciencia,
sino la poesía ó la esperanza.
Hermosa poesía,
dulce esperanza mía,
no son para vosotras las pasiones
de la humana existencia
sombras de sueño vano;
mis propias sensaciones,

el entusiasmo febril en que me agito,
no son de vil gusano:
porque en la vida universal palpito,
porque enciende mi alma el soberano
de Dios divino aliento,
y porque dentro de mi cráneo siento
también el infinito
insondable y audaz del pensamiento.
Y si no paso yo, no habrán pasado
por la tierra un momento y eclipsado
para siempre su brillo, esos hermosos
astros del sentimiento ó de la idea,
hombres de genio alado,
ni el rayo que en sus mentes centellea
de la tumba en el fondo se ha apagado.
Tal vez ahora nos miran
desde uno de esos centros de la altura
y como aquí suspiran
por otra patria superior más pura.
Tal vez todos los seres que he perdido,
desde uno de esos mundos donde viven
me recuerdan llorando,
y exclaman: —¡allí está!—cuando aperciben,
con cariñoso anhelo,
esta tierra brillando
en el azul oscuro de su cielo.
Madre que el alma adora,
¿en cuál vives ahora?
Sombra, sombra adorada ardientemente,
manda sobre mi frente
la santa bendición de tu cariño,
después de haber orado
tan fervorosamente
como rezar solí cuando era niño.
No hay oración tan llena de belleza
como elevar al Creador la mente
delante de la gran naturaleza.
Y si tú has alcanzado
en alas de otro culto ese sereno
cielo de mí ignorado,
ahora sabrás que todo culto es bueno
si eleva á Dios el corazón honrado.
Mas cese ya mi pobre poesía,
que en vano, en vano matizar querría
con las chispas de oro y de topacio
que vienen hacia mí de las estrellas.
Se ilumina el espacio,
desaparecen ellas
triste, lánguidamente,
mientras allá por el lejano oriente,
siempre risueña y siempre brilladora,
en explosión de luz surge la aurora.

15 Enero, 1888. FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.



Dr. D. Juan Carlos Blanco

DISTINGUIDO JURISCONSULTO Y ORADOR URUGUAYO

DR. D. JUAN CARLOS BLANCO

Es una de las figuras más simpáticas de su generación, no sólo por su talento, sino también por las prendas de carácter que le adornan.

Desde muy joven ocupó envidiables puestos públicos en su país, donde es querido por todas las personas de valer y respetado hasta por sus mismos adversarios políticos.

Como abogado es una reputación, y si se le considera como orador, en nada desmerece su talla. Posee el arte del bien decir, matizado con los tonos poderosos de la elocuencia.

En público ó en privado, en una fiesta literaria ó en la conversación familiar, halaga siempre por la hermosura de la frase, las apropiadas inflexiones de voz y su delicada corrección de maneras.

Es un verdadero artista de la palabra, que sabe hacerse escuchar con placer por los cultivadores del idioma y por todos aquellos que valoran la belleza, en cualesquiera de sus múltiples manifestaciones.

Alejado de la vida pública durante algún tiempo, fué llamado al gobierno últimamente, formando parte del ministerio conciliador que precedió á la administración del general Tajes.

R. S.

FRAGMENTO DE UN DISCURSO

POR EL DOCTOR

JUAN CARLOS BLANCO

No es el orador un sumo sacerdote, como lo es el poeta.

La inspiración no baja para él silenciosa, en alas de las musas, sino que se produce con los estremecimientos de su cuerpo agitado por el hierro del adversario, con los gritos de las multitudes heridas y al hervor de las pasiones que estallan.

El ritmo es de todos los tiempos, como la naturaleza, donde tiene su modelo; mientras que la palabra, signo social, signo humano, es de la situación, del momento, de aquel que la profiere y de aquellos que la escuchan. De tal relación misteriosa, surge en un instante imprevisto.

Por esto el orador, si trae su pensamiento, sus fines y sus propósitos, no trae nunca su elocuencia, que sólo aparece y la posee cuando la fiebre del combate oprime sus sienes.

Es la elocuencia la diosa de las batallas por la justicia, por la libertad y por la honra, que viene á infundir su aliento á los más esforzados, en la hora suprema de la derrota ó la victoria, y que se aleja después para no ser profanada en académicas lides, ni en mercenarias contiendas de menguadas ambiciones.

En esas lides, el arte puede intervenir para acicalar el concepto y redondear la frase que corre con sin igual tersura y sin igual monotonía también; pero la diosa esquiva sus dones, reservados á los escogidos en el palenque de las grandes causas.

Y si no, señores, mirad, acompañadme un instante en mis recuerdos.

Julio Favre es un académico, un retórico en sus discursos universitarios y en sus defensas forenses.

Sólo aparece el orador en la Cámara francesa, sólo aparece allí para unir su apóstrofe contra el cesarismo, al apóstrofe lanzado desde la roca de Jersey.

¿Lo veis, señores?

Al poeta, á Víctor Hugo, le ha bastado contemplar el Océano desde apartado retiro, bajo lóbrego cielo y sin más testigo que lo infinito; le ha bastado *mirar al abismo,* como él diría, para elevar su acento arriba del de Juvenal, mientras que el orador ha necesitado una asamblea agitada por encontradas pasiones, dolores cercanos que repercuten y se comprimen en los bancos, que estallan en las galerías; ha necesitado la lucha, el desprecio, la amenaza de los asalariados del poder, el golpe del hombre contra el hombre, para que la palabra llegue á la alta resonancia y caiga formidable con la execración del despotismo y los fulgores de la libertad sobre el pálido sibarita del Elíseo!

Cuando el imperio se derrumbó, la elocuencia huyó para siempre de los labios de Julio Favre. Quedó únicamente el retórico.

Dejemos, sin embargo, los grandes escenarios y tornemos los ojos á los de esta región de América, que si tiene poetas cuyo nombre se extiende más allá del continente, tiene también oradores y estadistas que abarcan los más vastos horizontes en la esfera de los conocimientos humanos.

El doctor Avellaneda, para citar uno de los más ilustres, tiene en la oratoria académica algo de la poesía de Guido Spano, el poeta de la forma escultural.

Cincela prolijamente la estatua, pero la deja insensible, muerta: no hay en su rostro la luz del pensamiento, ni en sus miembros la vida que palpita y se difunde. Así se nos muestra en certámenes, conferencias y juegos florales.

Dicción esmerada, artística, pulida al rayo de la luna, dulce y tranquila, tranquila como la corriente de un lago que retrata en sus cristales el verjel de la ribera, pero sin una convulsión en el fondo que produzca el desborde y la onda impetuosa, arrebatadora de la melancólica escena.

En el certamen, en la academia es el retórico, impregnado de Virgilio y sus anacreónticas el que nos habla. Para encontrar al orador es necesario buscarlo en otra parte.

Allí donde con voz varonil y alta entonación dice al Senado de su patria que decrete la federalización de Buenos Aires y que Buenos Aires sea la capital de la nación, fundada por los héroes de la Reconquista y Ayacucho; allí donde ante innumerable concurso, abre á todos los que habiten tierra argentina el parque «3 de Febrero,» bajo cuyas acacias, dice, se reposarán las generaciones venideras de las fatigas del día, bendiciendo la obra de sus mayores.»

¿Lo veis también, señores?

Nuestro retórico de la cercana orilla sólo ha podido alcanzar la nota del orador, cuando el acontecimiento lo transfiguraba, cuando la espectativa de un pueblo estaba pendiente de sus labios.

La historia ya lo ha dicho á propósito de Vergniaud: era un ser vulgar al pie de la tribuna, en la tribuna era el genio de la elocuencia.

Vergniaud necesitaba la tribuna, aunque era aquella que asombraba al siglo XVIII. ¡Juzgad cuánto no será su poder!

Ahoga, sin duda, bajo su peso á los débiles, pero los fuertes encuentran allí su inspiración, encuentran en ella el

pedestal de su gloria y la más alta resonancia para las aspiraciones sociales que condensan en una voz y en una individualidad.

En las asambleas, la palabra incolora no se escucha, pero en los certámenes, si tiene entrada esa dicción de la hora crepuscular, falta en cambio las más de las veces, aun para aquellos que saben remontarse á la elocuencia, la musa inspiradora de la tribuna política.

Es que, elemento de acción la oratoria, necesita la acción misma para desplegarse, el incidente imprevisto para obligar á la forma inmediata, repentina, improvisada, que el pensamiento se niega á producir en esas plácidas fiestas de la inteligencia, donde si sobra la admiración y el regocijo, falta el calor y el arrebato de las controversias, que afectan la hora presente de las sociedades, trabajadas, no por dolores estéticos, sino por sufrimientos reales y anhelosas de bienes más altos que los alcanzados en torneos literarios.

. . . .

Á ELLA

VESTIDA DE UN TRAJE DE GALA, NEGRO Y ROJO

Si ya el pecho, en rendido vasallaje,
sufre la ley de su pasión tirana,
¿para qué tu belleza soberana
resistir de ese espléndido ropaje?

Entre las negras mallas del encaje
luce la estofa sérica de grana,
fulgente cual la luz de la mañana
ó del rojo crepúsculo el celaje;

y, más resplandeciente, tu hermosura
contempla el alma absorta, estremecida,
por entre oscuros y encendidos velos,

cual del Edén soñado la ventura,
al través de las sombras de la vida,
en el fondo purpúreo de los cielos!

NUMA P. LLONA.

Guayaquil.



DESPUÉS DEL VALS

Á MI EXCELENTE AMIGO, EL ELEGANTE POETA Y ESCRITOR URUGUAYO

DON RICARDO SÁNCHEZ

—Mujer, suelta el antifaz
y deja que al fin te vea.
—¡Eso nunca! soy muy fea.
—¿Por qué pecas de falaz?
—Tras de ilusión engañosa
te lanzas con torpe anhelo.
—Con esos ojos de cielo
por fuerza has de ser hermosa.
—Mi boca es grande... ¿y quién sueña
en amorosos laureles?
—Boca que huele á claveles
de fijo ha de ser pequeña.
¿Por qué la infieres agravios,

si la adivino y me encanta?
cuando hay nieve en la garganta
hay corales en los labios.
—De mi piel la nívea albura
ficción es sólo, ¡inocente!
—¿Te pintas? ¡precisamente
soy loco por la *pintura!*
—¿Mis dientes vistes, quizás?
—¿Acaso son grandes?
—Sí.
—¡Mejor que mejor! así
no me los *enseñarás*.
—Tengo mal genio...
—Recelo
que también eso es mentira:
para el enojo y la ira
no te dió esa voz el cielo.
—Soy calva...
—No es de gran monta.
—¿Ni eso de tu amor me salva?
—¡Y aun me alegro! si eres *calva*,
no tendrás *pelo de tonta*.
—No bien mi faz contempló,
todo hombre de mí se aleja...
—¿Acaso porque eres... vieja?
—¿Vieja dices? ¡eso no!!!

CASIMIRO PRIETO.



EL ANCLA DE BRILLANTES

(MARINA Á PLUMA)



ERAN las joyas de aquella dama española un verdadero portento.

Los mejores artífices de Viena y de Madrid habían apurado el arte de imitar, con piedras preciosas, el color de las flores, vencidas en reñida lucha de reflejos por rosas compuestas de rubíes y extravagantes gardenias, cuyas hojas estaban tejidas de brillantes.

Las flores de la primavera, ante aquel ejército de joyas, marchitábanse de envidia; ¿quién, entre ellas, osaría competir con las otras flores de cristales preciosos, de pétalos transparentes y de cálices que no esparcían aromas en los aires sino un deslumbrador centelleo? De los jardines de Aranjuez habían llegado al palacio ramilletes como castillos almenados, tras de cuyo verde parapeto defendíanse con bravura lirios y jazmines, enhiestos sobre un muro de porcelana de Sevres; pero más abajo de los jarrones, que la hueste primaveral había tomado al asalto, apiñábanse entre hojas de perlas con nervios de oro las flores enemigas, las flores de la luz, cuyas armas no eran la fragancia de los verjeles, sino un continuo fulgurar de rayos rojos, violados, verdosos, amarillos, que, chocando entre sí al caer sobre las rosas, producían á modo de una niebla de tintas vagas y cambiantes como la luz del iris.

Ante aquel bombardeo, las flores sitiadas rindiéronse al fin en sus *bouquets*, y las joyas hubieron de contemplar, con su frialdad de piedras, cómo más de una rosa desfallecía moribunda sobre el blanco encaje de filigrana que, al rodear por fuera el ramo, no impidió pasaran entre sus

calados aquellas saetas luminosas de una potencia ofensiva irresistible.

Ya celebrada la victoria sobre las flores, estalló una revolución en el joyero. ¡Una revolución, y en los salones de palacio!

Afortunadamente era de noche. Sobre un campo de raso, muy desigual por estar como bullonado y ostentar sendos botones de seda, que estorbaban la circulación, celebróse el primer *meeting*. Rojos de pura rabia los rubíes, habían puesto verdes de cólera á las esmeraldas: unas y otros se disputaban el triunfo encarnizadamente, y los diamantes fueron desmontados de sus áureas cabalgaduras. Armado el somatén, en un momento saltaron de sus huecos topacios y amatistas; en aquella turba, de todos los colores políticos, cada joya se atribuía la victoria y proclamábase reina, predicando teorías boulangeristas de dictadura y de revisión, que los diamantes de la corona no sabían si aplaudir ó silbar descompasadamente...

Los brazaletes tomaron el pulso á la cuestión; los broches preciosos fueron atando cabos, y de un abanico, lleno de incrustaciones, salieron al fin palabras tan aéreas y sutiles que dejaron pasmado al concurso.

—Brillantes señoras é ilustrados señores, exclamó entreabriendo apenas su varillaje de marfil y lanzando una onda de aire, tenue como un suspiro: están ustedes muy acalorados y urge pensar estas cosas con la frescura propia de mi paisaje de Watteau. ¿Quieren ustedes elegir reina de la fiesta? ¿Quieren ustedes celebrar Juegos Florales? Pues hable cierta corona condal que acaba de regresar de Levante y díganos en lemosín su pensamiento.

—¡Que hable! ¡que hable! exclamaron á voz en cuello las gargantillas esmaltadas de perlas.

Pero la corona condal, haciendo un guiño á otras diademas, dijo, hablando en plata, que el silencio es oro; no eran propias aquellas oratorias de su elevado rango, y todas las joyas quedáronse como atónitas con la boca del estuche abierta...

¿Qué partido tomar? Perdida la esperanza de un arreglo pacífico, las joyas, antes de entregarse á civil combate, fuéronse á ver si había esperanza en el áncora que las simbolizaba.

Emprendieron, pues, en procesión la caminata por unos

senderos de piel de Rusia y llegaron al monasterio de *pelouche*, donde moraba el ancla de oro y brillantes que, con un grupo de rosarios, de cruces, de santos solitarios y medallones místicos había permanecido silenciosa entre el bullicio del pronunciamiento.

En aquella comunidad de ideas fervorosas y sublimes las joyas llevaban una existencia monacal; apenas competían sus destellos en vanidosa lucha de matices, y pasábanse la vida las perlas de los rosarios recordando modestamente Ave Marías, y los brillantes escribiendo con rayos fosforescentes el nombre de aquel su comprador, que había muerto, y cuyas fechas de felicidad cuidara de anotar en las cifras del precioso archivo.

Por eso al llegar allí, al contemplar aquel silencio de paz, las turbas detuviéronse asombradas de su profanación, y asomaron lágrimas de luz á las más duras piedras; las iras, los furores de un momento antes habíanse calmado en el sacro retiro, y el ancla de salvación hizo brillar entonces sus haces de resplandor celeste, como exordio á la plática que aguardaban las joyas pecadoras... Alzóse, pues, solemnemente el ancla; hízose corro en su derredor; arrellanáronse las lindas devotas en sus cojines de brocado, y comenzó el sermón de esta beatífica manera:

—¡Hermanas mías en marzo!... (Toses, suspiritos, gimoteos y lo que se dirá).

—¡Diáfanas hermanas mías! ¿Por qué tan presto habéis perdido la quietud y el sosiego de vuestra condición? ¿Por qué habéis dado al traste con la inocencia de aquellos días de niñez y de escaparate, días felices en que la sola mirada de una compradora convertía en luces de tentación nuestro sonrojo? ¡Qué abismo entre el colegio de la joyería y el torbellino de pasiones que hoy os deslumbran, que hoy llegan á ofuscar vuestra claridad de pensamiento!

Yo veo en vuestras facetas el brillo del orgullo, que os hace subir á las empingorotadas coronas; la coquetería, que os coloca de centinelas en los pendientes de mujer; el afán de curiosearlo todo, de vestir á la moda, de realzar los bordados más artísticos, de ceñir los brazos y lucir en la garganta de la que amorosamente os alberga y se ilumina con vuestra radiante belleza. Y así ¡oh pecado! llegáis á creeros soberanas vosotras, las perlas, nacidas en el fango de los mares y apenas educadas por Ansorena; y así vos-

otros, los linajudos diamantes, venís á contrataros por precios fabulosos, como los tenores del Real, olvidando que sois nacidos del polvo de la tierra y polvo os volveréis, *et in pulverem reverteris*. ¿Qué digo polvo? Condenados estáis, por vuestra dureza, al carbón eterno, y la muerte os convertirá en carbono, negro como hollín de chimenea. ¡Moriréis de una manera trágica, de una manera química! (Sensación. Los diamantes protestan y amenazan con el filo de sus aristas. Una voz: ¿Y los diamantes americanos? Risas y rumores).

¡Ah, señoras! Si persistís en vuestra actitud, siento decíroslo: no conocéis á vuestra dueña. A ella se debe nuestro mejor brillo, como al pecho del valiente el de la cruz ganada en la batalla; de ella es la luz que en nosotras se quiebra, de ella el divino encanto que hace posarse en nosotras todas las miradas.

Y si esto olvidáis, si os creéis reinas absolutas del color; si juzgáis propios los homenajes á aquella que os embellece al ceñirse con deslumbradora pedrería, recordad el fin de otras joyas, vendidas por Isabel de Castilla, que al desprenderse de ellas retuvo en su frente los resplandores de todas, pues mientras las joyas se oscurecían, ella iba iluminándose con rayos de gloria, de ese albor que en las virtudes tiene su sol oculto, su calor y su brillo. (Aplausos).

¿Lo recordáis? Pues lo que aquella dama hizo puede repetirse. (Gran sensación). Y digo repetirse porque, señoras mías, ¿qué importa que no nos vendan, si al cabo no nos compran, si hoy la caridad hace al joyero una terrible competencia? (Varias voces: ¡Es verdad, es verdad!) Ya lo sabéis, compañeras, estamos en baja ante la limosna; para nosotras no hay proteccionismo; la piedad luce ahora más que los brillantes, y ha sonado la hora terrible de que vayamos á morir en el ara del templo, y el oro, que había de reclutar nuevos diamantes, se limite á enjugar esas lágrimas, que son joyas de la desdicha, que son las perlas de la gratitud. (Aplausos y lloros inconsolables en todos los bancos).

Cesen, pues, vuestros rencores; abandonad el mundo con sus pompas de similor y elevad vuestros reflejos al cielo, donde brilla otra constelación de piedras preciosas... Pensad en mi historia melancólica, pensad en aquellos días en

que yo fuí símbolo de dicha para la flor gentil que me prefería entre vosotras... ¡ Ah ! (Pausa).

Yo recuerdo épocas en que la brisa del Cantábrico vino á adularme, muerta de envidia por ver cómo adornaba el cuello de un ángel; yo recuerdo el contacto de la mano de una niña que en mí tuvo su adorno favorito, porque yo era su esperanza y una esperanza de oro, de luz de aurora... Yo, el ancla de brillantes, había fondeado en un pecho juvenil, así como las anclas de hierro se hunden en la arena; yo era la joya del amor en aquellas tardes de verano en que oí tantas veces el chasquido intermitente de los remos, la calma del mar que sonríe, la alegre carcajada de dos enamorados que navegaban, como una pareja de gaviotas, ya lejos de la costa, ya perdidos en lo inmenso...

Cuando la dicha iba á esparcirse en aquellas deleitosas travesías, yo sentía siempre la mano trémula que me anclaba en el lecho de encajes, cerca de un cuello rosado y blanquísimo, y después, á la vuelta, era depositada en mi estuche, que tenía ese olor á marisco, ese aroma sin rosas que tan delicioso es aspirar allá, en la playa... Y todas las tardes, al despedirse, decíame la voz conocida: « ¡ Hasta mañana ! »

Hasta mañana... Hubo una mañana en que llegaron á mi escondrijo rumores tan raros... Primero un silencio prolongado; después ayes que estremecían, gritos de dolor, sollozos mal reprimidos; más tarde una como salmodia funeral, tan grave, tan pausada que parecía no acabar nunca; luego tañido de campanas, que, al doblar, semejaban lamentos humanos, y al fin silencio otra vez, pero un silencio terrible, sólo interrumpido por tristísima canturia y por el silencio de cierta locomotora que iba á llevarse el cuerpo muerto de aquel que tanto me había agasajado en su vida...

Desde entonces, ¡adiós luz, adiós espejismo, adiós la esperanza por mí vanamente prometida! He vuelto alguna vez, en el estío, á un nido de encajes negros, cerca de un cuello de mujer; otra vez he sentido el hálito marino, el deslizarse de la canoa por una llanura de cristal; pero en torno mío había una calma tan nueva, una mudez tan extraña, que aquellas navegaciones me han dado miedo.

Y si yo os dijera lo que entonces me cuenta la mano, temblorosa más que nunca, al sujetarme; si lo que yo escucho, en el palpitar de aquel seno, pudiera decirse con

palabras, ¡yo os aseguro que no habría ancla en el fondo de los mares que se envaneciera de haber ahondado tanto en la profundidad de la desdicha!

Por eso yo, el ancla de brillantes, sigo brindando esperanzas á la par que en mí piensa y sufre; y por eso, cuando al caer de la tarde oigo el morir de las olas y el nacer de los recuerdos, yo digo á mi enlutada dueña, mientras acaricia un niño entre sus brazos:—¿Lo ves? No te engañaba. ¡Esa es la esperanza que yo, el ancla de brillantes, te había prometido!

F. García Díaz.

San Sebastián y Junio de 1888.



COPLAS

Como el almendro florido
has de ser con los rigores,
si un rudo golpe recibes
suelta una lluvia de flores.

—

Tus ojos son un delito
negro como las tinieblas,
y tienes para ocultarlo
bosque de pestañas negras.

Salvador Rueda.

1889

EN LA DROGUERÍA



—¡Despácheme, por favor!
tengo prisa y me consumo
de impaciencia.
—¿Qué hay, Leonor?
—Deme una onza de negro humo.
—¿Es para tu tocador?

EXPIACIÓN

¡Cómo debes odiarme!... ¡He despojado
de blancas rosas, tu hermosura ufana,
manché tu pura juventud lozana
y te hundí en las tinieblas del pecado!
Ante mis ojos se erguirá el pasado
cual pavorosa maldición lejana,
y tu recuerdo arrastraré mañana:
¿su grillete no arrastra el condenado?...
Perdóname con Dios... Mucho he sufrido,
mucho he llorado, por mi mala estrella!
Soy el errante náufrago perdido,
que en alta noche y en peñón desierto,—
de las tormentas por el rayo herido,—
lo devoran los buitres cuando ha muerto!...

LEOPOLDO DÍAZ

Buenos Aires, 1889.

AUTOBIOGRAFÍA

De la guerra por azar
y de mi estirpe el segundo
en Lérida vine al mundo
sin poderlo remediar;
pues de la humana batalla
á conocer la extensión
arrojando el biberón
hubiera dicho: —¡Otro talla!
En Nochebuena nací,
y entre placeres y penas
cincuenta y seis noches buenas
han corrido para mí.
Por adularme quizás
alguien con sobra de celo
dice que tuve buen pelo...
yo ni aún sé si tuve más.
Latín en Soria cursé,
letras en Valladolid,
y en la Coruña y Madrid
algo que luego olvidé;
hasta que el tiempo pasado
en Granada la sin par,
aprendí á sentir y amar...
estudios que no he dejado.
Mi vocación de poeta
es tan antigua que infiero
solté mi verso primero
al tomar la primer teta.
Y á esa gracia ó ese don
debo, sin duda ninguna,
ya que no gloria y fortuna
honores y estimación.
Por sobra de candidez
ó falta de picardía
tras de mí la policía
anduvo más de una vez;
pero puedo con testigos
probar, como hombre leal,
que bien devolví por mal
á todos mis enemigos.
Alegre y derrochador,
pensando muy poco en mí,
al que me pidió le dí,
mereciera ó no el favor;
sufriendo angustia horrorosa
cuando en varias ocasiones

sólo pude dar razones
por no tener otra cosa.
Ya al fin de mi vida inquieta,
guardar no importa el secreto,
aspiro á ser buen sujeto
antes que á ser buen poeta;
y si mañana cual hoy
conocerme alguno quiere,
de mi vida no se entere,
mis obras dirán quién soy.
Con estas debilidades,
suponiendo que lo sean,
cuatro pelos que blanquean,
reuma en las extremidades,
apetito regular,
color sano, ojos azules,
envidia á cuantos gandules
comen bien sin trabajar.
Carácter dulce y sencillo,
aversión hacia lo ruín,
algo dentro del magín,
poco dentro del bolsillo;
una prebenda en Estado
que iguala el debe al haber,
dos hijos, una mujer,
y un uniforme bordado,
me ofrezco á ustedes sin tasa
franco, servicial y activo,
por la tarde en el Archivo,
por la mañana en mi casa,
donde me pueden mandar,
y adonde suelen venir,
los hambrientos á pedir,
los cuitados á llorar,
los amigos á reir,
los artistas á gozar,
á no dejarme vivir
el que algo espera lograr,
y el que me debe á decir
que desista de cobrar.
Pues al infortunio abiertas,
cerradas á la ambición,
y raras veces desiertas,
mi casa tiene dos puertas,
ninguna mi corazón!

Manuel del Palacio.



D. Isaac Peral

DISTINGUIDO OFICIAL DE LA MARINA ESPAÑOLA É INVENTOR DEL BUQUE SUBMARINO DE SU NOMBRE

DON ISAAC PERAL

Hace cosa de cinco años el nombre con que encabezamos estos renglones era conocido tan sólo entre el personal del distinguido cuerpo de la Armada; y añadiremos que conocido muy ventajosamente, porque don Isaac Peral y Caballero desempeñaba ya con gran lucimiento una cátedra en la escuela de Ampliación de la Armada española, y por su aplicación, su inteligencia, sus vastos conocimientos, no menos que por su amabilidad, su entusiasmo y su modestia, habíase captado las simpatías de sus subordinados, sus jefes y sus compañeros. Sabían algunos de éstos que Peral consagrábase con porfía extraordinaria al estudio, que perseguía la realización de arduos problemas relacionados con las ciencias físico-matemáticas, que seguía con afán el movimiento científico europeo; pero la índole de los problemas cuya resolución había cometido, el género de trabajo que se impusiera, los elevados y patrióticos propósitos del modesto teniente de marina, eran desconocidos de la mayoría de sus compañeros y colegas. Sólo á raíz de los acontecimientos originados por el conflicto de las Carolinas, túvose en el Cuerpo conocimiento de ellos, aunque muy confuso, y sólo hasta mediados de 1887 no adquirió el público noticia de que en el arsenal de la Carraca comenzaba la construcción de un submarino proyectado por el señor Peral.

Esta noticia excitó desde el primer momento la curiosidad, porque la resolución del problema de la navegación submarina como la de la navegación aérea, importantísima por muchos conceptos, ha sido objeto de formales tentativas desde fines del siglo XVI y no falta quien le asigne las remotas fechas del reinado de Alejandro Magno. Desde que el holandés Drebbel realizó en 1620 el proyecto ideado por Bourne medio siglo antes, la historia registra en 1774 el invento de Day, en 1776 el de Bushnell y en 1797 el de Fulton, y asimismo consigna que en pleno siglo XVII los PP. Fournier y Mersenne expusieron ya con toda claridad la teoría de la navegación submarina. A los citados inventores siguieron en el siglo presente, el francés Coëssin

en 1809; los ingleses Johnson en 1823 y Shuldam en 1824; el ruso Bañer en 1855, el español Monturiol en 1859 y 1862; el francés Villeroi en 1862, Alstilt en 1863, el francés Bourgois en 1863, el americano Winam en 1864, un mecánico sueco en 1865, el americano Villeroy poco tiempo después, Halstead en 1872, Hobland en 1877, Garret en 1878, Goubet en 1885, Nordenfeldt en 1886, Waddington en 1888, y Campbell, Zedé y otro inventor francés en 1888. Como se ve la serie no es corta, y con orgullo tenemos en ella el nombre de un español, de un catalán, el insigne y desgraciado autor del *Ictíneo* don Narciso Monturiol. Pero como en la resolución del problema planteado por los más de estos inventores, no entró hasta hace pocos años el poderoso auxiliar de la electricidad, nos concretaremos á decir que los tipos modernos más importantes del buque submarino se hallan representados actualmente por el *Nordenfeldt*, el *Goubet*, el *Waddington* y el *Gymnote*, este último recientemente ensayado y sometido aún á experimentos en la vecina república. Este tipo, ideado por los oficiales de la marina francesa señores Romazzotti y Zedé, se ha construído, como el *Peral*, por cuenta del Estado, y tiene la forma de un huso alargado, una sola hélice y cuatro timones. El gobierno francés ha guardado el secreto acerca de sus detalles de construcción, pero decidido á llevar á término la obra de los autores, después de haber hecho ensayos de ella no del todo satisfactorios, ha resuelto construir un segundo *Gymnote*, en el que se han corregido ciertos defectos, y proceder á ensayos nuevos. Y esto indica, no ya la grave importancia que el asunto entraña, sino la paciencia y las reservas que exigen experimentos de esta índole. Nosotros, que tenemos gran fe en el invento de nuestro ilustre compatriota, no hemos dudado ni desfallecido un punto con respecto á su resolución definitiva; porque el buen sentido nos indica que á la magnitud del proyecto corresponde una labor ímproba, incesante, un trabajo de tanteo que forzosamente ha de producir modificaciones en ciertos detalles y como es consiguiente empleo de tiempo no escaso. Lo que en Francia ocurre con el *Gymnote* puede servir de ejemplo; ¿qué extraño que se inviertan en pruebas algunos meses, cuando la idea á que debe su origen el invento representa años de profundísimos cálculos?

Pero, ya es hora de consagrar algunos párrafos á Peral

y á su invento. Poco se sabe de éste, y por lo mismo es imposible hacer una descripción detallada del submarino. Los datos que pertenecen al dominio público son que mide 21 metros de eslora, y 2'74 de manga y puntal, que su desplazamiento es á flote de 79 toneladas y sumergido de 87; que anda en la superficie 11 millas por hora y dentro del agua 10; que se mueve por medio de la electricidad depositada en 600 acumuladores y que con esta fuerza puede recorrer 355 millas, navegando en la superficie, y 326 sumergido. El barco tiene la forma de cigarro, está dotado de dos hélices y tubo lanza-torpedo, y su entrada aparece en la parte de popa y en la torre central. Lleva ocho toneladas de agua como lastre.

Tres problemas esenciales ha tenido que resolver Peral para llevar á vías de realización su notable invento, y son: los relativos á la horizontalidad, la seguridad y la visualidad del buque. Peral ha resuelto el primero por medio de un *aparato de profundidades*, que automáticamente, obedeciendo á la manecilla de un cuadro semejante á la muestra de un reloj, conduce el barco á la profundidad deseada y le hace ascender y descender sin avanzar. Este mismo aparato se utiliza para conservar la horizontalidad cuando una ola haga perderla. Para el problema de la visualidad el inventor ha ideado unos *reflectores eléctricos*, de grandísima potencia, pues iluminan hasta 150 metros de distancia; con ellos, si las aguas son claras, la visión será perfecta; mas si por acaso éstas se enturbian, un *anteojo marino*, que asomará por la superficie de la nave, conducirá las imágenes al fondo y permitirá á los tripulantes ver á una distancia de cuatro millas cuadradas. Por el aire que va comprimido en una cámara y por una *bomba* inventada asimismo por Peral, se renovará la atmósfera, se purificará y enriquecerá de oxígeno. Las brújulas hasta hoy conocidas, y que sumergidas no indican datos exactos, han sido sustituídas por una *brújula* probada también y que determina con suma exactitud el rumbo. Puede colegirse por esta serie de inventos los estudios, las dificultades, los desvelos de Peral. Para que los 600 acumuladores que lleva el submarino no perdiesen la electricidad, ha construído un acumulador más perfeccionado; para poder lanzar el torpedo, ha sabido hallar dos portas automáticas que no dejan paso al agua; á cada dificultad ha opuesto un inven-

to, á cada obstáculo un prodigio de inteligencia y de estudio. En suma; diremos que han sido *siete* estos inventos, y que aun cuando Peral no resolviera en definitiva el trascendentalísimo problema de la navegación submarina, no se perderían aquéllos para la ciencia. El barco resulta una magnífica arma de combate, pues puede acercarse impunemente al más poderoso acorazado, embestirle, dispararle la destructora máquina, y asistir desde sitio seguro á los efectos del desastre; un admirable auxiliar científico mediante el cual podrá arrancarse su secreto al fondo de los mares y poner en evidencia sus ocultas maravillas: una especie de cigarro de acero que ha de llevar al abismo con la luz resplandeciente de sus focos eléctricos, la vida y la muerte que encierra entre sus metálicas paredes.

Digamos ahora algo acerca de su autor y acerca del proceso de este invento.

Don Isaac Peral y Caballero nació en la ciudad de Cartagena el 1.° de Junio de 1851, ingresó en la Armada en 1866 y ascendió á teniente de navío, empleo que disfruta hoy, en 16 de Julio de 1880. En 1882 fué nombrado profesor de física de la Academia de estudios de ampliación de la Marina y en 1884 concibió el proyecto de su buque submarino, proyecto á cuya realización consagróse con verdadero empeño. Practicados por él los cálculos y estudios necesarios para la resolución de los múltiples problemas que entrañaba la empresa, Peral dió por resuelta la cuestión; mas temeroso de arrostrar las contrariedades que se ofrecían para realizarla, guardó durante un año la más absoluta reserva. Empero, las circunstancias le impulsaron, á mediados del año 1885, á vencer sus naturales temores y reservas. Ocurrió el conflicto de las Carolinas, y don Isaac Peral dió cuenta de su proyecto en carta reservada al ministro de Marina señor Pezuela, quien le llamó telegráficamente á Madrid para que desarrollase sus teorías ante una junta técnica nombrada al efecto. Y allí fué Peral, y ante dicha junta expuso lleno de convicción y de entusiasmo sus teorías, siendo resultado del examen un informe altamente favorable, pero en el que se exigía al inventor que hiciera prácticamente los ensayos de la clase de motor que había de llevar el barco y de la parte relativa á la respiración. No podían ser más halagüeños para nuestro oficial tales precedentes; mas por desgracia la falta de recursos

del Ministerio motivó que en estas experiencias se perdiera un año, terminado el cual, y verificadas ellas con éxito completo, el inventor presentó los planos definitivos de un tipo de torpedero submarino, acompañándolos de una Memoria que contenía todos los cálculos relativos al proyecto y un plan completo de defensa de la costa española por medio de esta clase de buques. Informóse también favorablemente este proyecto, exigióse al inventor que antes de construir el barco se experimentase también otro de sus aparatos, ingenioso y sencillísimo y con el que se consideraba resuelto el trascendental problema de la navegación submarina á grandes distancias y su aplicación á la guerra, y por fin, el 23 de Octubre de 1887, comenzaron en el arsenal de la Carraca los trabajos para la construcción del buque, trabajos que terminaron en Septiembre de 1888, en cuyo mes y año fué botado al agua el torpedero. Las experiencias oficiales se efectuaron en Enero de 1889, y de su resultado poco podríamos decir, recientes como son las noticias que de ellas dió la prensa. En lo relativo á la velocidad el buque respondió á las esperanzas de su inventor; empero, echáronse de ver defectos á los que se atiende actualmente y acerca de cuya resolución no abriga duda el señor Peral. La espectación en que hoy se encuentran no sólo los españoles, sino los hombres científicos de todos los países, y las noticias que acerca de los trabajos hechos en el extranjero se tienen, dan á este problema una importancia innegable; pero los despachos últimamente recibidos permiten creer que las pruebas definitivas no se harán esperar.

Baste lo dicho para comprender y apreciar los títulos de gratitud y gloria que el señor Peral se ha conquistado; títulos á los que deben unirse los del patriotismo, porque público es y notorio que Nordenfeldt le ofreció cuantiosa suma á cambio de su secreto. Peral, que para llevar á cabo su invento luchó con la escasez de los créditos concedidos, 40,000 duros [1], rechazó la oferta, decidido á realizar su obra *con España y para España.*

Don Isaac Peral es un joven de treinta y ocho años,

[1] Hace pocos meses un insigne patriota español residente en la América del Sud, el señor Casado del Alisal, ha regalado al inventor la importante suma de 20,000 libras esterlinas, para que pueda realizar con entera libertad la empresa acometida.

de regular estatura, delgado, nervioso, moreno, de frente espaciosa y ojos penetrantes. Desde mozo, ha dicho quien le trató, la precocidad reveló su porvenir. Su reserva, su ensimismamiento, su facilidad para aprender y su tenacidad en estudiar le valieron en la Academia el glorioso sobrenombre de *profundo Isaac*. El entusiasmo que revela por su invento se traduce perfectamente en las siguientes frases que á raíz de las últimas experiencias pronunció:— *Si consigo resolver el problema de la navegación submarina me importa poco morir al día siguiente de haberlo descubierto.* ¡Hermosas frases que sintetizan perfectamente el carácter, las vocaciones y los sentimientos del ilustre marino español!

FRANCISCO BARADO.

Barcelona y Junio de 1889.

EN LA CENA DE LA DUQUESA ***

La luz esparce sus rayos de oro;
rico damasco cubre la mesa,
y el Rhin y el Málaga bullen hirvientes
en azuladas copas bohemias.
Blancos jazmines llenan los búcaros;
geranio y nardo los festonean,
y las figuras de los tapices
presiden mudas tu alegre cena.
Las mandarinas se envuelven púdicas
en sus cendales de blanca seda;
vense los dátiles en caja de ámbar;
brillan los plátanos y las cerezas,
y los manjares llevan perfumes
de clavellinas y violetas.
Los áureos frascos llenos de Chipre,
los dulces vinos dignos de Grecia,
la miel ardiente de árabe suelo,
los platos de oro dignos de César,
los cien fruteros de ópalo y plata
donde se apiña la roja fresa,
nunca tuvieron competidores
como lo eran con tu presencia,
tu blanco busto, lleno de rosas,
tu cuello hermoso, lleno de perlas,
y los brillantes que, entre las plumas,
sacaban chispas de tu cabeza!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.



MAL DE AMORES

—Hace dos meses, doctor,
que me siento muy enfermo:
no cómo, casi no duermo
y voy de mal en peor.
—Pues en mí confianza ten,
que el miedo es siempre fatal;
á ver el pulso...
—¿Qué tal?
— Lo que es el pulso, anda bien.
¿Has sentido algún dolor?...
—Físico, ninguno hasta ahora,
pero há tiempo me devora
no sé qué fuego interior,
y á hallar, por mi mal, no acierto
de mi dolencia la causa...
(El doctor, tras breve pausa):
—Por los síntomas que advierto,
la enfermedad es moral
y tu malestar se explica;
¿amas á alguien?
—A una chica
de belleza angelical:
Y á fe que bien puede ser
la causa, ella, que buscamos...
¡si desde que nos amamos
que estoy, doctor, sin comer!
—¡Lo sospeché!... mal de amores.
—Me hallo débil y me siento
á veces calenturiento...
—Desecha vanos temores,
y si tu sangre se inflama
acuéstate, y ten paciencia,
pues mucho más que la ciencia,
ha de curarte la cama.

CASIMIRO PRIETO.

EN ARAS DEL RIDÍCULO

Así fueron sacrificados los novios de dos lindas niñas, hijas de don Pedro Arciniega, hacendado de Ate, valle cercano á Lima.

Fué el caso que las chicas se antojaron de dar un paseo á caballo, escoltadas por ellos, en los jardines de Surco, lindo pueblecito cercado de huertos, sobre el camino de Chorrillos.

Requerida la respectiva licencia, negóse á darla el señor Arciniega, alegando inconveniencia.

Pero las picaruelas, amparadas por la condescendiente madre, pasáronse de esta formalidad; y abrochadas en elegantes amazonas de cachemira azul, chapeos del mismo color sobre los negros rizos, cabalgando en briosos caballos, emprendieron, muy contentas, la romántica campavía.

Justamente enojado por esta desobediencia, don Pedro resolvió darles á ellas y á ellos una buena lección.

Fuese con gran diligencia á su chacra del valle de Ate; descolgó media docena de rifles que tenía para defensa del fundo; armó con ellos á otros tantos de sus peones, y cubiertos los rostros bajo pañuelos negros, montaron á caballo y se dirigieron á Surco.

No de allí á mucho don Pedro descubrió á las enamoradas parejas. Picó espuela, y alcanzándolos entre las tapias de un alfalfar, ahuecando la voz, dióles un tremendo:

—¡Alto ahí!

—¡Dios mío! ¡ladrones! exclamaron las niñas, yertas de espanto ante aquella banda de enmascarados.

—¡Por Dios, Carlos, no haga usted resistencia!

—¡Alberto! ¡en nombre de nuestro amor, no exponga usted su vida, que es la mía!

Pero los mancebos no necesitaban de esas recomendaciones, y pálidos y trémulos aguardaron.

—¡A ver! ¡Esos mocitos, pie á tierra!...

Ambos se apearon.

—¿De qué nacionalidad son estos zanguangos?

A pesar de su miedo, los jóvenes se mordieron el labio de rabia á más no poder.

—Ecuatorianos, respondieron.

—¡Ecuatorianos! ¿Si serán estos villanos los asesinos de García Moreno?

—¡No, señor! ¡No! gritaron las niñas abogando por sus futuros.

—¡No! ¡y dejaron á ese monstruo apoderarse de su patria, y beber la sangre de sus hermanos! ¡Al suelo, infames! ¡al suelo, y boca abajo!

Ellos obedecieron.

—Vosotros, ordenó, apoderaos de sus caballos, que yo me encargo de las ninfas.

—¡Piedad, por Dios! ¡piedad para nosotras, señor! clamaron las jóvenes llorando de terror.

—No teman las rapazuelas, dijo el bandido, aunque bien merecían un desaguisado por la bobería de confiar la custodia de sus bultos á ese par de *maricas*.

Y volviéndose á los amedrentados novios, que estornudaban con las narices en el polvo:

—Si osáis moveros antes de media hora, les dijo, ahí dejo un centinela que os levantará la tapa de los sesos.

Y cargó con las niñas y los caballos de sus acompañantes.

Cuando hubo pasado un tiempo, que para ellos fué una eternidad, los asendereados pretendientes, levantándose, empolvados y maltrechos, se encaminaron á la estación del Barranco.

Pero cuál no fué su sorpresa al encontrar allí sus caballos y saber que don Pedro Arciniega, su futuro suegro, los había dejado con encargo de entregárselos á ellos.

Todo lo comprendieron entonces, y avergonzados no osaron presentarse en casa de sus novias.

Pero cuando el corazón habló más alto que la mortificada vanidad y los llevó á solicitar el verlas, recibieron un portazo.

JUANA MANUELA GORRITI.

Buenos Aires, 1889.

EPIGRAMA

Dije ayer á Juan Morales:
—¿Conque esa es tu cara esposa?
y me contestó en voz baja:
—¡Hombre, no! la *cara* es otra.


ANTONIO TRUEBA
DE
ESTE MUNDO
AL OTRO
CARTA A MI AMIGO
Antonio de Trueba

Querido Antonio: te fuiste
del mundo, huyendo quizás
del lodo que salpicaba
el manto de la moral;
y te llevaste tu lira,
que daba encanto al hogar,
dejando sin tus *Cantares*
huérfana á la sociedad.
Vuelve; la razón te llama
para hacer frente al audaz
desenfreno de la pluma;
vuelve al mundo para dar
con tus *Cuentos* delicados
al alma consuelo y paz;
vén á repetir al pueblo
este precioso cantar:
«Una heredad en un bosque,
y una casa en la heredad,
en la casa pan y amor...
¡Jesús! ¡qué felicidad!»
¿Por qué la voz enmudece
del que así sabe cantar?
Al candor y las virtudes,
que orgullo á los pueblos dan,
los amenaza de muerte
la propaganda fatal
del *naturalismo* crudo;
vén, Antonio, á pelear,
que hacen falta campeones
que defiendan la moral;
y si Dios no me concede
que aquí te vuelva á abrazar
con los apretados lazos
de nuestra buena amistad,
mándame al menos tu lira
y alientos para cantar,
ahogando la voz del vicio
que, á impulsos de la maldad,
arranca sus vestiduras
á la púdica vestal
para exhibirla en los libros,
manchando la honestidad;
y si arrecia la batalla
y nos quieren arrollar,
manda tu acerada pluma
para imponer *la verdad*,
salvando la fe cristiana,
la virtud y la moral.

TEODORO GUERRERO.

Madrid, Junio de 1889.

CAMBIO DE PROFESIÓN



—¿Conque has abandonado el periodismo?
—Sí, chico; ahora me dedico al comercio.
—¿Al comercio de qué?
—De muebles.
—¿Y has vendido ya muchos?
—Por ahora llevo vendidos todos los míos.

***

LA PENSIONISTA

(TRADUCCIÓN LIBRE)

Su *pensión*, con gran audacia
pide y suelta la sin hueso;
¡que viva la democracia!
no tiene la hembra más *gracia*
que la que le dió el Congreso.

Lima. ACISCLO VILLARÁN.

LOS VERSOS DE CABO ROTO

(HISTORIA TRÁGICA DE UN POETA)

Cuando (y ya hace fecha) éramos, en el colegio, estudiantes de literatura castellana, cascabeleábanos no poco la estructura de esta y otras espinelas, que se encuentran en el *Quijote* del gran Cervantes:

Advierte que es desati-,
siendo de vidrio el teja-,
tomar piedras en la ma-
para tirar al veci-.
Deja que el hombre de jui-,
en las obras que compo-,
se vaya con pies de plo-;
que el que saca á luz pape-
para entretener donce-
escribe á tontas y á lo-.

En ese siglo, en que los poetas derrochaban ingenio, escribiendo acrósticos, abusando de las paranomasias é inventando combinaciones rítmicas, más ó menos estrafalarias, cupo á Cervantes poner á la moda los versos llamados de cabo roto, y de los que la décima que acabamos de copiar es una muestra.

Pero no fué el príncipe de los ingenios españoles, como generalmente se cree, el primero en escribir espinelas de esa especie. Fué á fines de 1603 cuando apareció en Madrid el *Ingenioso hidalgo,* y ya á principios del mismo año habían profusamente circulado, en Sevilla, coplas de cabo roto.

El creador de ese género singular de metrificación truhanesca, fué un poeta calavera, que tuvo trágico fin.

Hé aquí su historia:

Vivía en Sevilla, en los comienzos del siglo XVII, un mozo inquieto y de lucido ingenio, llamado Alonso Alvarez de Soria, hijo de un jurado del mismo nombre. Burlón y maleante, gustábale el trato de la gente perdida, y había contraído el hábito de mofarse de todos. Para extremar sus burlas y darlas mayor escozor, inventó

una jamás oída manera de versos, los de cabo roto, hecha observación de que los bravucones y ternejales de Triana solían comerse las últimas sílabas de un período, para hacer más huecas é importantes sus fanfarronerías.

En 1603, y en una décima de cabo roto, la primera que se escribió en castellano, ridiculizó Alonso Alvarez el haber sometido Lope de Vega su libro *El Peregrino* á la censura del poeta Arguijo, buscando mentidos elogios, antes que advertencia y enseñanza.

Como á 25 de Septiembre de 1604 hubiesen disparado un pistoletazo á don Rodrigo Calderón que, juntamente con don Pedro Franqueza y don Alonso Ramírez del Prado, hacía tráfico infame de los destinos públicos, y Prado y Franqueza fuesen reducidos á prisión, conservándose don Rodrigo en la plenitud de su valimiento con el monarca, Alvarez no se pudo contener, y le envió al poderoso ministro una décima de cabo roto, aconsejándole pusiese su barba en remojo y se dispusiera para un trágico fin. ¡Qué ajeno estaba el aconsejante de que él precedería á don Rodrigo en muerte ignominiosa!

Andaba por Sevilla un pobre ó bellaco, pidiendo limosna para San Zoilo, abogado de los riñones. Habíanle puesto los muchachos un feo nombre ó apodo: llamábanle el Tío C... alzones. El pobrete se enfurecía, y los chicos le tiraban pelotas de lodo y aun peladillas de san Pedro. Algún vecino de buena alma, á fin de aplacarlo, le daba unos maravedises de limosna, y entonces el pedigüeño colocaba en el suelo la imagen del santo, bailaba alrededor de ella, y decía:—Yo me llamo Juan Ajenjos, natural de Córdoba, y no soy el Tío C... alzones que decís.

Pues Alonso Alvarez tuvo la fatal ocurrencia de poner ese propio mal nombre, nada menos que al asistente de Sevilla don Bernardino de Avellaneda, señor de Castrillo. Cunde entre el vulgo, llega á oídos del asistente, y jura su señoría que el malandrín poeta le ha de pagar caro la injuria. Promuévele un altercado en la calle; ordena á los alguaciles que lo lleven á la cárcel por desacato á la autoridad; pone el amenazado pies en polvorosa; le sacan de Santa Ana, donde había tomado iglesia, enciérranle en un calabozo, y tras darle el asistente tres horas para encomendarse á Dios, le cuelga, sin más proceso, de la horca. Justicia expeditiva.

En vano fué que, en la capilla, escribiese Alvarez el bellísimo y cristiano romance que así termina:

Muera el cuerpo que pecó,
pues bien la pena merece,
y vaya el alma inmortal
á vivir eternamente.

En vano todos los poetas sevillanos se arremolinaron pidiendo gracia para su camarada, llevando la voz el noble y famosísimo dramático don Juan de la Cueva, quien presentó al asistente, por vía de memorial, este soneto, menos bueno que bien intencionado:

No dés al fébeo Alvarez la muerte,
¡oh gran don Bernardino! Así te veas
conseguir todo aquello que deseas,
en aumento y mejora de tu suerte.

El cruel odio en piedad convierte,
que en usar de él tu calidad afeas;
cierra el oído, ciérralo, no creas
al vano adulador que te divierte.

De ese que tienes preso el dios Apolo
es el juez, no es sufragáneo tuyo;
ponlo en su libertad, dalo á su foro.

Ve que de hacerlo así, de polo á polo
irá tu insigne nombre, y en el suyo
Hispalis te pondrá una estatua de oro.

El orgulloso resentimiento, la vanidad herida son implacables. El asistente se mantuvo inflexible, y el poeta Alvarez pereció en público y afrentoso cadalso.

En cuanto á los versos de cabo roto, de que él fué el inventor, á pesar del empeño de Cervantes por popularizarlos, puede decirse que no han hecho ni harán fortuna. Nacieron con desgracia.

RICARDO PALMA.

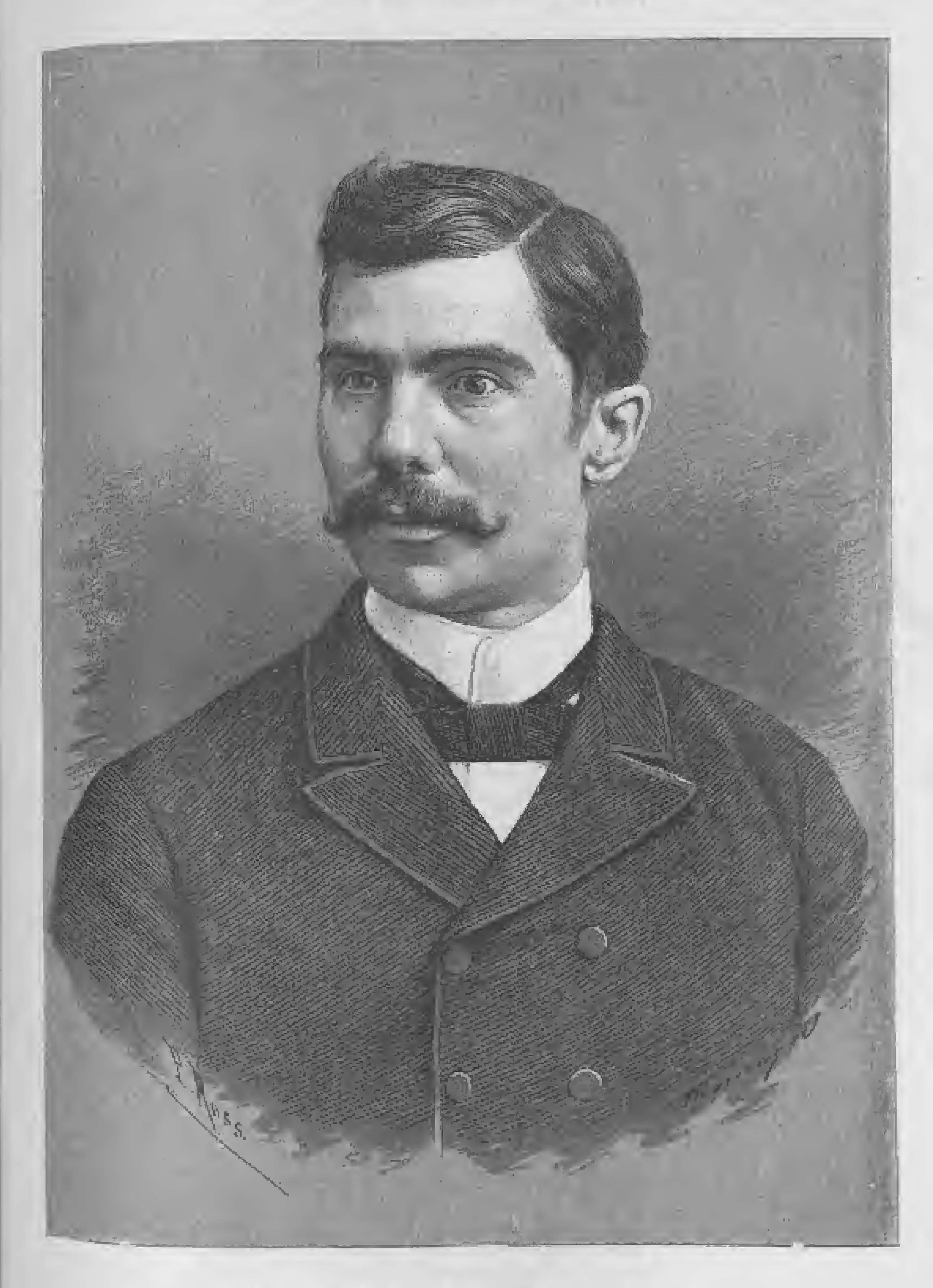
Lima, 6 de Mayo de 1889.

EPIGRAMA

Doña Carmencita Hurtado
anteayer ha fallecido
y al saberlo su marido
ayer, ha resucitado.

ALBERTO LLANAS.

NUESTROS COLABORADORES



D. Ricardo Sánchez

DISTINGUIDO POETA Y ESCRITOR URUGUAYO

BOCETO Á CAPRICHO



De el otro lado del Plata
león que se retuerce preso,
cuando desata sus furias
el indomable Pampero,
barriendo los cortinajes
que velan el ancho cielo,
y dando más luz al astro
viajero del firmamento...
En la heroica Buenos Aires,
hija feliz del progreso,
á la que siempre yo miro
con los ojos del recuerdo,
y le guardo aquí en el alma
las ternuras del deseo,
tengo una amiga sublime,
una amiga, que yo quiero
como á la patria, el proscrito,
á la virtud, el que es bueno,
al hogar, el hijo amante,
y á la libertad, el reo!

—

No la conozco siquiera,
pero la finge mi afecto
ideal, como los querubes,
bella, como el patrio cielo
en una tarde serena
que es de las almas recreo,
tarde que anima y halaga
y en que todo es más poético.
Despiden fulgor de luna
sus rasgados ojos negros,
como la inocencia, tímidos,
como la esperanza, bellos.
En su límpida sonrisa
hay colores y hay reflejos
de la aurora de la vida
de otro mundo más risueño.
Y en su voz, divina escala
de suavísimos arpegios,
hay la música sublime
del arpa del sentimiento!

—

Habla siempre con el alma,
y en sus cartas, que conservo

como el avaro, el tesoro,
como el poeta, sus versos,
hay ternura delicada,
notas del amor supremo,
inmateriales perfumes
del jardín de los recuerdos,
y los halagos sin arte
de un cariño verdadero.
Es alondra, cuando arrulla
y es águila, cuando el vuelo
tiende á la región celeste
donde mora el sentimiento.
Es modesta cual violeta,
de su hogar es ángel bueno,
y el corazón generoso
que alienta dentro del pecho,
para amar no tiene límites
como no los tiene el cielo!...

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

EL CERDO

FÁBULA

No hay chico que no le embrome,
ni grande que lo tolere;
yo no sé si se le quiere
pero sé que se le come.
Suele en el fango vivir,
y allí le van á buscar,
más que por verlo engordar
por ayudarle á morir.
Le llaman puerco y marrano
y aquel que más le moteja
no perdona ni una oreja
cuando le viene á la mano.
Por lo cual llego á creer,
y acaso estoy en lo cierto,
que sólo después de muerto
se le llega á comprender.

—

Cultivando su afición
á mascullar pergaminos
viven sabios en montón
que imitan á los cochinos...
y algunas veces lo son!

MANUEL DEL PALACIO.

GEDEÓN Y FAMILIA



GEDEÓN PREPARÁNDOSE PARA SU BODA.—¿Los quiere usted un poco más cortos?
—¡Hombre, no! los quisiera un poco mas largos...



LA LUNA DE MIEL DE GEDEÓN.—¿Conque decididamente no quieres abandonar la ciudad, pichona?
—Decididamente, amigo mio.
—¡Corriente! entonces me iré yo solo al campo, á pasar la luna de miel.



LA SEÑORA DE GEDEÓN.—¿Es usted aficionada á la etnologia, señora?
—¡Muchísimo, caballero! pero no tengo apetito... ¡muchas gracias!



GEDEÓN, NOBLE.—¿Ya no saluda usted á los amigos, Gedeón?
—¡Gedeón! ¡Gedeón á secas! (Esa condenada plebe no distingue de clases ni de jerarquías). ¿No sabe usted que mi familia acaba de ingresar en la más alta nobleza?
—¡Hombre!
—Lo he sabido hace un momento; me dicen que mi mujer ha dado á luz un *infante*.



EL PRIMOGÉNITO DE GEDEÓN.—A ver, pequeño Gedeón, ¿cuál es el animal que te viste y te calza?

—¡Mi padre!



LAS LECTURAS INSTRUCTIVAS DE GEDEÓN.—¿Oyes, Gedeón, lo que dice este libro? que en el Polo hay días que tienen una duración de seis meses.

—Pues siento que no hayamos nacido en el Polo, mujer.

—¿Por qué?

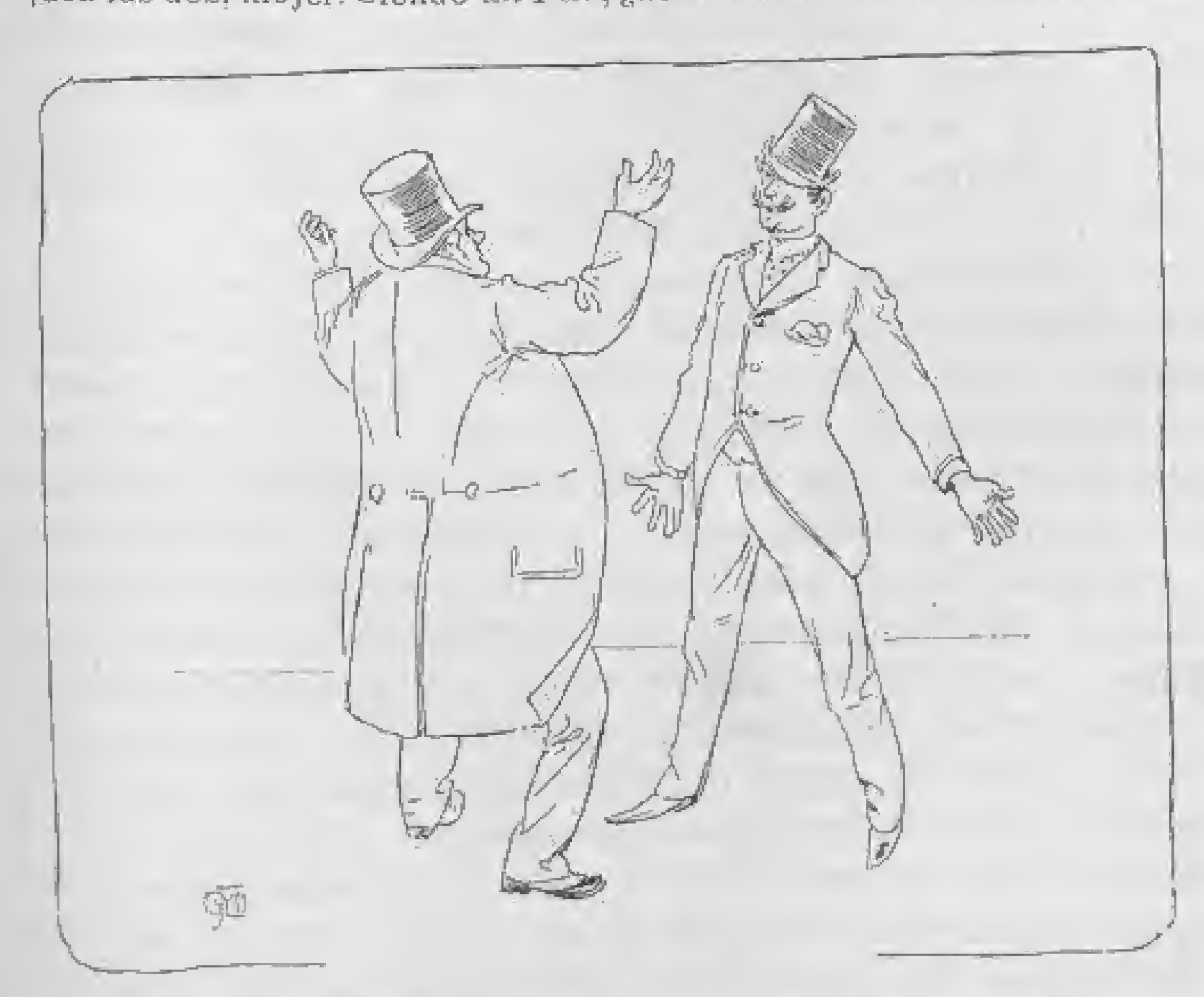
—Porque no tendríamos más que dos meses... ¡Todavía estaríamos mamando!



LAS HIJAS DE GEDEÓN.—¿Conque dices, mujer, que ese *mister* que nos sigue es un par de Inglaterra? Apuesto á que está perdidamente enamorado de nuestras hijas. Pues ¡qué diablo! si le gustan, que se case con las dos.

—¿Con las dos?

—¡Con las dos, mujer! Siendo *un Par*, ¿no le hemos de dar más que una?



GEDEÓN Y SU TIO.—¡Gedeón!!! ¿eres tú? ¡cómo! ¿no te has muerto?

—¿Quién? ¿yo? ¡en mi vida!

—Pues, sobrino de mi alma, me lo habian asegurado... ¿Conque no es verdad?

—¡Le digo á usted que no, querido tio! Si fuese cierto, ¿se lo habia de negar á usted?

EL PRIMER DESENGAÑO

I



Los frescos pámpanos frondosos y las hojas, de un verde oscuro, de las enredaderas, salpicadas de campanillas azules, blancas y violáceas, se abrazaban apretadamente á la escueta armadura de hierro, que dibujaba, con matemática exactitud, el contorno de una galería embovedada alrededor del jardín. En una tarde del hermoso Mayo, como esta de que vamos á hablar, era una delicia estar allí. Veíanse, como estrellitas azules, oscilando temblorosas por entre los resquicios de transparente esmeralda del follaje, y era que el cielo no podía traslucirse de otro modo, en aquel sitio, al cobijarse bajo la fresca bóveda de la frondosa enramada.

Las industriosas abejitas lucían sus dorados anillos con una indiferencia que hacía el elogio de su natural elegancia, volando de acá para allá, sin miedo á tratados de comercio ni á carabineros de aduanas, en busca de la primera materia de fabricación de la miel; los jilgueros practicaban el más inocente y deleitoso de los sistemas parlamentarios, sin reglamentos ni campanillas, ocultos en las copas de los árboles y charlando más que vecinas curiosas en casa de corredor; ensayaban originales y no previstas melodías los ruiseñores; andaban murmurando, Dios sabe de quién, los arroyuelos, en cuyos cristales se miraban las rosas y las amapolas con una vanidad sin ejemplo; el vientecillo no dejaba en paz á las flores, rizaba los verdes tallos de las espigas, jugueteaba con las hojas de los lirios, revoloteaba en las ramas de los árboles, columpiaba los pámpanos del emparrado, sacudía las corolas de las campanillas azules, trenzaba los cristales de las aguas, pulverizaba los finísi-

mos hilos de agua de los surtidores de las fuentes y hacía bailar á las silvestres margaritas, discurriendo traviesamente de aquí para allá por aquel hermoso recinto, sin tino y sin sosiego, de suerte que el vaivén de las azucenas se confundía con el vuelo caprichoso de las blancas mariposas.

¡Figúrense ustedes qué picardías haría el vientecillo calavera al tropezar, bajo la bóveda de enredaderas y pámpanos, con la interesante figura de doña Elisa de Moralejo! ¡No es para contado! Tenía atrevimientos tan reprensibles como los de dejar al descubierto los lindos piececitos



de la joven, primorosamente encerrados en unas chinelas no tan discretas como primorosas, puesto que permitían que se viera el ceniciento color de las medias de raso. Osaba rectificar el exquisito perfil de aquel hermoso cuerpo, ceñido por una bata de color níveo salpicado de lazos rojos. El muy irreverente posaba sus dedos invisibles sobre la tersa frente de Elisa y trazaba, con audacia increíble, caprichosas curvas con los preciosos rizos de aquel cabello negro y suave como *la seda;* y hasta se permitía la licencia de mover las pestañas de aquellos párpados de rosa nacarada, ni más ni menos que si fueran cuerdas microscópicas de un arpa liliputiense. Y la llevaba á los oídos todos los cantos, ruidos y rumores del jardín, y hasta se atrevía á besar aquellos labios rojos semejantes á un clavel cuajado de rocío...

En tanto que Elisa soñaba despierta, víctima de una

pesadilla, dejando vagar su espíritu por el espacio inmenso de los sueños juveniles...

II

¿Quién era Elisa? Una joven, niña aún por el candor inocente y sencillo de sus pensamientos. Educada en las prácticas devotas de un colegio que dirigían unas Hermanas de la Caridad, sus goces de aquel tiempo estaban contenidos en las ceremonias religiosas. No llegó hasta apurar la copa de los arrobamientos místicos; pero sin emular á Santa Teresa, no se quedó tampoco rezagada en el camino ideal de los entusiasmos celestiales. Las voces del órgano, graves y solemnes; las nubes del incienso, que se perdían en la alta cúpula, dejando ver las luces de los cirios y las velas como estrellas de fulgor moribundo, veladas por los blancos cendales nocturnos de un cielo primaveral; el centelleo irisado de los cristales de las arañas; el rumor pausado de los rezos; el reflejo deslumbrador de la custodia, que brillaba en lo alto del ara como un sol de fuego entre constelaciones de diamantes; todas estas hermosas exterioridades del culto, unidas á ciertos pensamientos del Evangelio que enamoraban su alma delicada, vaso de ternura y templo delicioso de aspiraciones dignas de un artista, habían recreado y afiligranado, por decirlo así, su virgen espíritu.

De aquella mansión acababa de salir, dispuesta su alma á las difíciles prácticas de una ejemplar humildad, sin haber conocido, hasta el único día de su historia de que aquí tratamos, otra cosa del mundo que su exterioridad, ni haber tenido más trato que el de sus pasajeras amistades de colegio y las relaciones de las personas conocidas de su familia.

III

Por causas de conveniencia *positiva*, cuya mención aquí no hace al caso, estaba Elisa destinada á ser la esposa de su primo Trifón García y Moralejo, hijo único de uno de los más opulentos cosecheros de aceitunas que conocieron olivares andaluces. Ella había consentido, ante las razones de mercantil utilidad que para el caso le explicó su padre, en contraer este vínculo, no sólo porque su corazón estaba entonces como un encerado en el que no se había escrito el

nombre de ningún pretendiente, sino porque Elisa era incapaz de oponerse á la voluntad del autor de sus días. Ya he dicho que la humildad era el rasgo característico de su alma. Habría muerto, ahogada por el dolor, sin murmurar una queja, antes de permitirse ni aun las más comprensibles y justificadas rebeldías.

No conocía á su primo, ignoraba cuáles fuesen sus condiciones, sabía únicamente que era honrado, y que á su padre le parecía el mejor y el más digno de compartir su suerte. Estaba decidida á aceptarle por eso, no pudiendo yo decir á mis benévolos lectores cuáles fueran, además de las dichas, las razones que tuviera para proceder así, y atreviéndome á asegurar que, caso de haber otras, Elisa misma las ignoraba. Su inexperiencia acaso, acaso la falta de pasiones en su alma, explicarían esto, que por suceder con más frecuencia de lo que suele imaginarse, origina no pocas desdichas en la familia, y no pocos dramas ignorados del mundo.

IV

Si en aquella alma candorosa arraigaba algún día una ilusión, una pasión cualquiera, y tomaba cuerpo y crecía... Elisa hubiera muerto lentamente, devorada por una nostalgia infinita, sin murmurar de nadie, sin proferir la más débil queja. Y su padre no habría sentido remordimiento alguno, y la ciencia hubiera escudriñado en vano la causa ocasional de aquella muerte.

Ello fué—reanudando el hilo de esta verídica historia—que aquella tarde Elisa soñaba despierta. El penetrante olor de tanto aroma, lo apacible del ambiente, la calma y el encanto de aquel lugar, el violento curso de la sangre juvenil que toma como nuevos y más vigorosos ardores de la primavera, el muelle sosiego de su reposo tranquilo, velaron á medias el límpido cristal de sus ojos, y sumieron su espíritu en ese dulce lánguido sopor en que parecen confundirse, en la excitada fantasía, las imágenes de la vida real con los ensueños que engendra la imaginación en las reconditeces del alma.

Pensando en su boda, inquiriendo con temeraria inquietud los misterios de lo porvenir, por causa voluntaria ó por razón á su voluntad ajena, ello es que pensó que se acercaba á hablarla, con timidez encantadora, un joven muy

simpático, muy distinguido, muy discreto, algo turbado por su presencia y que difícilmente podía resistir el influjo de las miradas suyas. ¡Ignorante y todo, como ella era, no desconocía el efecto de la luz de sus ojos!

Pero ¿aquel joven en que pensaba y á quien creía ver Elisa era su primo? Ella creía que sí. Como en tales estados de ánimo, de pensar á ver con los ojos de la imaginación, no hay más que un paso, Elisa le veía. Le veía con el color y el relieve que en la naturaleza tienen todas las



cosas, allá en esa cámara oscura de la fantasía en que reproducimos tantas veces, y por modo tan distinto, los objetos.

Le veía, sí; tenía barba negra y lustrosa; ojos negros, muy grandes y no menos expresivos; aunque de cobarde mirar cuando la miraba á ella. Su frente pensadora inspiraba respeto; su continente y donaire eran graciosos. La franqueza, el valor y la honradez estaban retratados en aquel semblante lleno de signos apasionados y vehementes.

Lo que Elisa no podía tolerar ¡eso no! era que al poco tiempo de presentarse ante ella, trocándose bruscamente en audacia la timidez, se permitiera su primo ciertas familiaridades, disculpables acaso por el desbordamiento del cariño, pero ciertamente irrespetuosas.

¿Quién le autorizaba á él para estrechar de aquel modo su mano?

Y no fué lo peor esto: lo peor fué que, cuando menos lo

pensaba, su primo se acercó á ella, y sin más ni más... la besó.

Al suceder esto, Elisa no pudo reprimir un grito inexplicable, digno de su pudor, que llamaba á voces á todas las garantías de su recato.

¿Qué fué ello? Una pesadilla, juntamente con el ligero roce en sus mejillas de las tenues alas de una mariposa, ó de la hoja de una flor desprendida por el viento de su corola, y por el viento llevada al rostro lindo y fresco de la hermosa juvenil doncella.

Eso acaso no lo sabía Elisa, cuando, irguiéndose de su mecedora, con los ojos medrosos y el altivo continente de una Lucrecia, gritó:

—¡Padre! ¡Padre!

V

—¡No te asustes, hija mía! exclamó éste. Somos nosotros. El señor es tu primo, el joven Trifón, de quien hemos hablado tantas veces.

—¡Tu servidor! contestó el aludido.

—¡Gracias! respondió Elisa, un tanto avergonzada, reparando á la vez en el grosero aspecto, en los modales bruscos y en el vulgar continente de su prometido.

¡Ah! ¡No, y mil veces no! Aquel no era el hombre con que acababa de soñar.

José Miralles y González.





RÉGIMEN

Abstinere debet æger.

Un gran hijo de Esculapio,
gordo y de faz rubicunda,
decía con voz profunda
al infeliz don Serapio:

—Está usted como un alambre;
á consecuencia de excesos
es que le duelen los huesos
y se repite el calambre.

No importa, la enfermedad
llevaremos con paciencia,
que al fin triunfará la ciencia
del cruel morbo y de la edad.

Lo que aquí la escuela indica
es un régimen estricto;
oiga, pues, mi veredicto,
y fe en Dios y en la botica.

Mucha dieta y se irá á viejo;
respecto al vino, *nequaquam:*
aqua fontis, semper aquam,
que dijo el doctor Canejo.

Si las piernas le flaquean,
lo indicado es, ejercicio;
andar siempre, ese es su oficio;
de no hacerlo, tambalean.

Duerma poco, qué el dormir
da pesantez á la linfa;
una vieja, no una ninfa,
le ha de cuidar y vestir.

De no adoptar este sesgo
se expondrá á un desequilibrio,
y aunque en ello no hay ludibrio
conviene evitar el riesgo.

No se lave usted la cara,
y si se altera el sistema,
aplíquese un buen enema
con un tristel de una vara.

Huya del fuego en invierno,
ni pruebe el hielo en verano;
siempre un purgante á la mano,
y raspaduras de cuerno.

En lecturas no se enfrasque;
dé tormento á su apetito;
no fume, fuera un delito;
si le pica, no se rasque.

Marcharán muy bien las cosas
observándose á sí mismo;
si hay artritis, sinapismo;
y si podagra, ventosas.

La mujer, fruta vedada;
ni mirarla si es posible.
—¡Pero, doctor, es horrible!...
¿Y en cuanto á alimentos? —¡Nada!

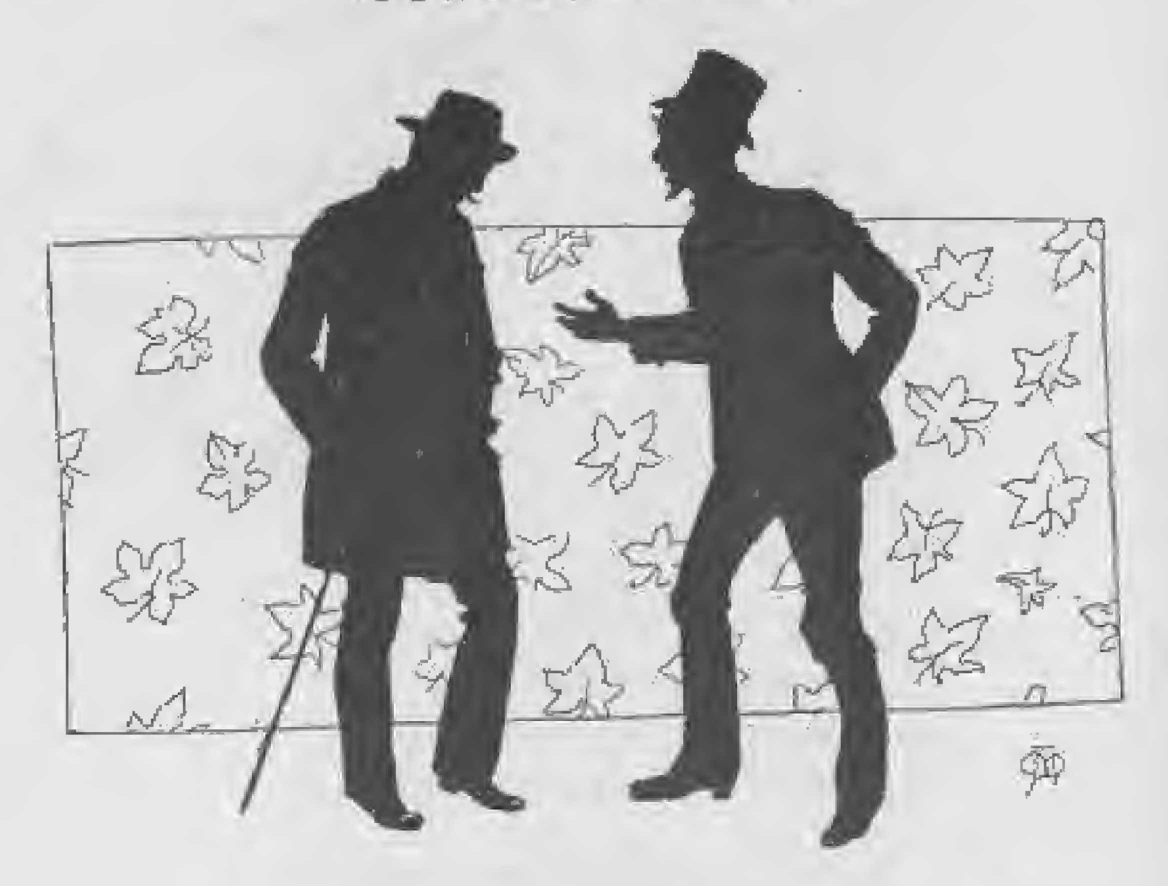
Por lo demás, aunque dure
la curación, no le importe:
puesta ya la proa al norte,
si se agrava, no se apure.—

Don Serapio con pavura,
cual un náufrago en el ponto,
deseando morirse pronto,
resolvió ponerse en cura.

* * *

Buenos Aires, 1889.

SUPERSTICIÓN



—¿Conque erais trece en la mesa?
—¡Trece, número fatal,
de cuyo influjo, Pascual,
me reía y aún me pesa!
—¿Tanto evitarle interesa?
—¡Necio es quien de ello dudó!
—¿Pues qué diablos sucedió
bajo su influjo harto extraño?
¿murió alguno al año?
—¡Al año
estaba casado yo!

Casimiro Prieto.

LA ELOCUENCIA

Entre escuchar los versos del poeta;
entre mirar al lienzo transportada
por el pintor, la imagen adorada
que arrebata el pincel á la paleta;
Entre sentir la inspiración secreta
que deja al mármol el cincel grabada,
y percibir la nota delicada
que á ley divina el músico sujeta,
Avara el alma de mayor tesoro,
de la elocuencia en el raudal sonoro
yo prefiero bañar mi fantasía;
pues á medida que el progreso labra,
es del arte compendio, la palabra,
trova, pincel, buril y melodía.

1889. Salvador Rueda.

NUESTROS COLABORADORES



Sra. D.ª Clorinda Matto de Turner

DISTINGUIDA ESCRITORA PERUANA

MALCCOY

LEYENDA INDIA

AL DOCTOR DON LEONARDO VILLAR

I

Si bien es cierto que el cautiverio ha hecho degenerar la raza indígena, dejando caer denso velo sobre sus facultades intelectuales, que al presente parecen adormidas en la atonía; no menos verdad es la de que en sus épocas primaverales, los indios dejan correr un tanto aquel funesto velo, y como quien vuelve á la alborada de la vida, se entregan á las fiestas tradicionales de sus mayores.

Una de esas es el *malccoy*. Traduciendo libremente al castellano esta palabra, diríamos: la juventud con sus umbrales encantados de amor y de ensueños; la primera ilusión del niño trocado en hombre; la primera sonrisa intencionada, después del reir de la felicidad, que no deja cuenta clara para quien se reconcentre en su examen psicológico.

¡*Malccoy*! Infinitas veces hemos asistido á esas fiestas campesinas, compartiendo la sencilla alegría de nuestros compatriotas, sentadas sobre el surco abierto por el arado en tierra húmeda, apagando la sed, en igual vasija de barro legendario, con la chicha de maíz y cebada elaborada por la feliz madre del *malcco*, allá en esas poéticas praderas del Cuzco; así se llamen Calca, Urubamba ó Tinta. Los nombres de aquellos indios casi los podríamos apuntar, tan frescos viven en la mente. Pero, entre ellos descuellan los de una pareja, que aún vive resignada y feliz tras la cima de los Andes, allá muy al otro lado de las saladas aguas del mar. Su historia no es un secreto, y á narrarla voy, ofreciéndola como el fruto de mis observaciones.

II

Conviene saber lo que es un *malcco,* para la ordenada narración de esta leyenda.

Todos los jóvenes varones que frisan ya con los diez y seis años, están obligados á correr la carrera del *malcco* (pichón).

Los padres se afanan y los hijos llevan la mente abstraída desde uno ó dos meses ántes con la idea de la carrera.

Generalmente se elige la época del *sembrío* ó de la cosecha para hacer la carrera, al finalizar las labores consiguientes.

Se reunen todos los mocetoncitos de un *aillo,* entrados en la edad, y el más caracterizado de los indios, que ya está por lo regular jubilado de cargos, elige los dos que han de ser el malcco y correr la carrera: el que la gana, ha de casarse aquel año.

Figúrese el lector los aprietos de los mancebos que ya tienen el corazón en el cuerpo de alguna *ñusta.*

Su felicidad queda á merced de la pujanza de sus pies y pulmones.

III

Pedro y Pituca, nacidos en chozas vecinas, desde los tres años al cuidado de las manadas de ovejas, habían crecido compartiendo el pobre fiambre de mote frío y chuño cocido al vapor, corriendo campos iguales y contándose cuentos al borde de las zanjas festoneadas de *mattecllos* y de grama. Allí, en esos bordes, aprendieron tanto los tejidos de sus hondas como el hilado de los vellones que caían en el tiempo de la trasquila.

Ya no eran niños.

Pituca, aunque la menor, entró la primera en la edad de las efervescencias del alma que suspira por otra alma. Sus negros ojos adquirieron mayor brillo y sus pupilas respiraban fuego.

Pedro, tal vez más tranquilo, comenzó á ver que sólo al lado de Pituca se sentía bien, y los días de *faena,* en que tenía que suplir á su padre é iba al pueblo, taciturno y

caviloso, suspiraba por la choza, por la manada y por la zanja.

—¡Pituca! se decía, al tomar la ración de coca ofrecida por su cacique, en cuyos campos labraba, sin otra recompensa. ¡Pituca! al mirar las *llicllas* coloradas y de *puitos* verdes tramados con vicuña que lucía la esposa del alcalde ó del regidor de su *aillo*.

Un día, sentando á Pituca sobre sus rodillas,

—*Hurpillay*, le dijo; mi padre, mi hermano mayor, el compadre Huancachoqque, todos tienen su mujercita. ¿Quieres tú ser mi palomita compañera? Yo correré el malcco este año, ¡ay! lo correré por tí, y, si tengo tu palabra, no habrá venado que me dispute la carrera.

—Córrela, Pedrucha, contestó Pituca; porque yo seré buena mujercita para tí, pues, dormida, sueño contigo; tu nombre soplan á mi oído los *machulas* de otra vida, y, despierta, cuando te ausentas, me duele el corazón.

—Escupe al suelo, respondióla Pedro abrazándola; y aquel compromiso quedó sellado así.

IV

Los maizales verde esmeralda se tornaron amarillos como el oro.

El balido de las ovejas y el bufar de los bueyes, los nidos de palomitas cenizas multiplicados en las ramas de los algarrobos, las retamas y manzanos anuncian en aquellos campos que ha llegado la estación del otoño; los tendales se preparan para la cosecha, el agricultor suspira con inquietud codiciosa y las indiecitas casaderas comienzan á componer las cantatas del *yaravy* con el cual han de celebrar el *malccoy*.

Es el día de la faena.

Los mayordomos, cabalgados en lomillos puestos sobre los lomos de vetusto *repasiri mayordomil*, que de éstos hay dos ó tres en las fincas, recorren al galope las cabañas. Suena la bocina del indio *segunda* y pronto los prados se cubren de indios que llevan la segadera y la *coyunta* con asa de hierro lustroso.

Son los alegres afanes de la cosecha.

Terminado el recojo de las mieses, viene luego el *malccoy*.

V

Aquella vez eran las planicies de *Atunccolla*, en la finca de mi padre, las que servían de teatro á las poéticas fiestas de esos buenos indios.

Comenzaron á llegar las indias acompañadas de sus hijas.

En el solar de la izquierda, llamado *Tinaco*, se reunieron los varones para la designación de los malccos.

La voz unánime señaló á Pedro y á Sebastián. Este último era un indiecito de carrillos de terebinto, trenza de azabache y mirada de cernícalo. En la comarca no le designaban con otro nombre que con el de *Chapacucha*, y tenía como tres cosechas de más sobre la edad de Pedro.

Chapacucha llevaba el alma enferma; su dolor casi podía distinguirse al través de la indiferencia con la cual se adelantó de la fila cuando escuchó su nombre.

Toda la alegre comitiva se fué derecho al campo de *Attunccolla*.

Al salir se cruzó, entre Pedro y Sebastián, este breve diálogo:

Sebastián.—¿Tienes tu novia aquí?

Pedro.—Presente y muy hermosa. ¿La tuya?

Sebastián.—Duerme en el seno de *Allpamama*. Murió la pobre de pena cuando me llevaron en la leva para servir de redoblante en el batallón 6.º de línea, dispersado en las alturas de Quilinquilin.

En aquel momento llegaron al lugar donde aguardaban las mujeres. La mirada de su madre produjo ligera reacción en el semblante de Chapacucha, y con rapidez prodigiosa quedaron, él y su contendor, adornados con la *lliclla* colorada, terciada como banda, un birrete de lana de colores y ojotas con tientos corredizos. Se midió la distancia, la señal de la bocina sonó y los dos mancebos se lanzaron al aire como gamos perseguidos por tirano cazador.

VI

Pituca tenía el corazón en los ojos.

Llevaba pendiente del brazo una guirnalda de claveles rojos y hiedra morada, como las llevaban casi todas las mujeres para coronar al ganancioso.

Veinte pasos más y Pedro traspasó el lindero.

La victoria quedó por él. Chapacucha, con calmosa indiferencia, fué el primero que abrazó á su vencedor, diciéndole al oído:

—Tuya es, pero, ¡me duele por mi madre!

La algazara no tuvo límites; coronas, flores y abrazos fueron para Pedrucha, á quien preocupaba un solo pensamiento. Pituca tardaba en abrazarle, porque es usanza aguardar que lo hagan los mayores. Por fin, adelantóse hermosa y risueña con la felicidad del alma, y antes que coronase las sienes de Pedrucha, vió caer á sus pies todas las flores con que aquél estaba adornado, señalándola ante la asamblea y diciendo en voz alta:

—Esta es la virgen que he ganado.

Los indios tienen el corazón lleno de ternura y de generosidad y sus goces se confunden íntimamente. Chapacucha y su madre olvidaron que formaban número en la contienda, y sólo pensaron en cumplimentar á la dichosa pareja, por cuya felicidad fueron todos los *yaravies* cantados en el *malccoy*.

VII

Tres meses después, tuvimos muy cordial, el gusto de servir de madrina de las bodas de Pituca y Pedro, en cuya celebración epitalámica podríamos escribir: Amor.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

Lima.

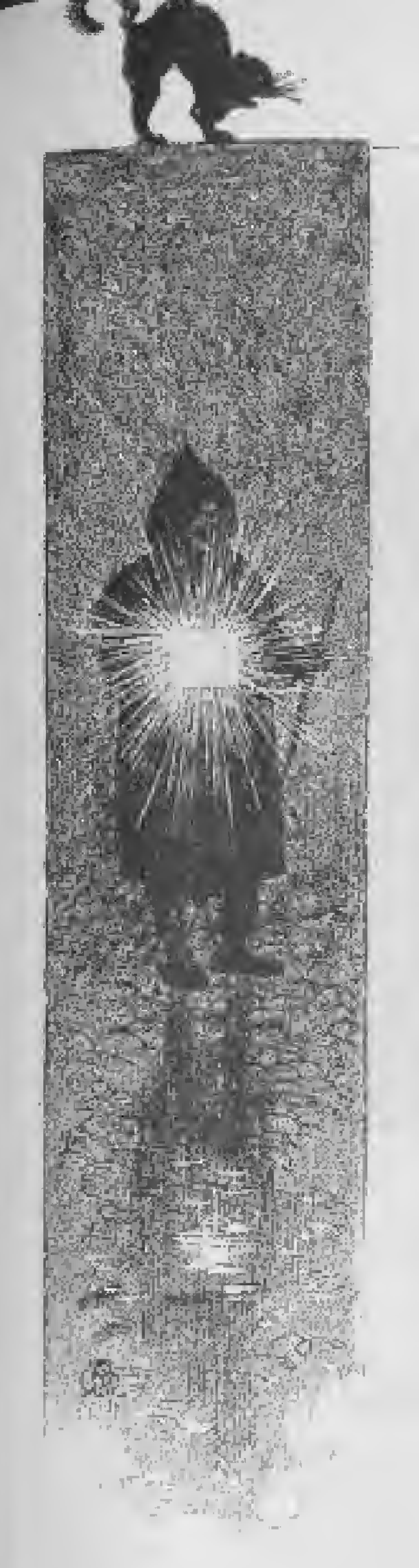
COPLAS

Rayito fuera de luna
para entrar por tu ventana,
subir después por tu lecho
y platearte la cara.

En el altar de tu reja
digo una misa de amor,
tú eres la virgen divina
y el sacerdote soy yo.

SALVADOR RUEDA.

1889.



EL SERENO

—¡El hombre es un vil gusano!
decía con voz de trueno
don Tirso Cruz, á un sereno
que estaba linterna en mano.
—¿Y yo también?
—¡Pues es llano!
Bajó el sereno el testuz
y agregó don Tirso Cruz:
—Tú también, por tu hado impío...
sólo que tú, amigo mío,
eres *gusano de luz*.

Casimiro Prieto.

LA OLA

SONETO

¡Qué altiva cruza la movible anchura
del indómito mar! ¡Con loco anhelo
pretende acaso levantarse al cielo
la que á un soplo debió fuerza y bravura!

Ornada de satánica hermosura
rueda en lo inmenso con feroz desvelo,
y al empujarla en poderoso vuelo
azota el huracán su masa impura...

Copia del hombre: espejo pavoroso
de su loca ambición, rápida crece
gimiendo en el abismo tenebroso,

hasta que en breve á su furor se ofrece
de leve arena un dique misterioso
donde en espuma vil se desvanece!

Salvador López Guijarro.



AL TRAVÉS DEL VELO

Á MIS AMIGOS MARÍA FERNÁNDEZ CUTIELLOS Y FLORENCIO VILLAR

EN SUS BODAS

I

Flota el velo nupcial. ¡Bella existencia
la que el alma columbra
al través de su blanca transparencia!...
La vida no es la vida: es un paisaje
al que, amorosa, con su disco alumbra
la luna, al despuntar tras el follaje.

II

Aquí, la tierra virgen nunca hollada;
la tierra en que, indeciso,
se posa el pie; la senda deseada,
que, sin tropiezo y por la recta vía,
conduce al venturoso paraíso
do sonó el primer beso el primer día.

III

Los árboles, mecidos suavemente,
murmuran, cuchichean,

de arrullos pueblan el sereno ambiente;
y en el seno amoroso de los nidos,
soñando con los cielos, aletean
las parejas de pájaros dormidos.

IV

Abre el lirio su estuche perfumado,
como la mariposa
que, fatigada asiéntase en el prado;
y, cual bella cabeza enamorada
de un bien perdido, inclínase la rosa,
lánguida, soñadora, abandonada.

V

Arriba, un cielo azul, —inmensa esfera
do la celeste llama
de innumerables astros reverbera;
do, radiante de púdica hermosura,
Venus, la estrella del amor, derrama
más viva claridad, lumbre más pura.

VI

Es la noche de bodas... ¡Cuánto anhelo
toca, al pasar, la frente,
como el ala de un pájaro del cielo!
¡Cuánta imagen de dicha sin ocaso!
¡cuánta flor sin espinas, dulcemente
esparce el mundo de la novia al paso!

VII

Tras el velo nupcial, la vida al punto
se trueca en un poema
de gran ternura y de sencillo asunto:
dos corazones, de pasión henchidos,
que el mismo fuego devorante quema
y déjales en uno convertidos.

VIII

¡Oh! siempre vaporoso en vuestro cielo
de estrellas salpicado,
flote radiante de la novia el velo,
y, al través de su blanca transparencia,
más feliz, más tranquilo, más rosado,
extienda su paisaje la existencia!

Enrique E. Rivarola.

UN COMENSAL ILUSTRADO



—¿Sabe usted, doctor, en dónde se pescan los cangrejos?
—¿No son colorados?... Pues entonces los pescarán en el mar Rojo.

***

EL CHIMBORAZO

Hoy vi el gigante sin brumosos velos,
que, cual radiosa cúpula de lumbre,
alzaba en lontananza hasta los cielos
su prodigiosa y argentada cumbre.

Tras el confín de la selvosa playa;
y por encima de azulados montes,
le miré, como inmóvil atalaya,
dominando los vastos horizontes...

Y hallé en su excelsa cúspide el emblema
¡oh esposa eternamente presentida!
de mi pasión, cuya altitud suprema
surge en los horizontes de mi vida!...

Guayaquil. NUMA P. LLONA.

DONCELLAS... DE LABOR



LAS señoras mayores y menores sufren en este momento histórico la más terrible de las plagas: las doncellas... de labor. Egipto se quejó de vicio de las suyas (de las plagas, no de las doncellas), pues ninguna tan terrible como la que, andando los tiempos, debía engendrar la civilización en honesto connubio con el progreso. Pasaron aquellos tiempos ¡ay! en que los domésticos se perpetuaban en las casas y la servidumbre se transmitía de padres á hijos hasta la cuarta ó quinta generación inclusive: hoy no hay sirvienta que eche raíces en ninguna parte, por más que algunas, atrevidas, *echen flores*... al señorito.

El descontento sube por grados y es ya casi capitán general: el asunto de todas las conversaciones mujeriles es invariablemente el pésimo servicio que prestan hoy las doncellas, retóricamente hablando, que se consagran á la tarea de barrer la casa, sacudir el polvo de los muebles y freirnos la sangre. A juzgar por los humos que gastan, parecen princesas venidas á menos; majestades caídas cuyas manos blancas, acostumbradas á sostener el cetro de la elegancia y de la fortuna, no pueden con el peso de la escoba, que es para esas infelices ¡ay! la palma del martirio.

La que no tiene un defecto... es porque tiene dos ó más. Y entre éstos no es el más flojo la hermosura. Una sirvienta bonita es un peligro para las casas donde hay hombres: es la tentación hecha carne sonrosada; el germen de muchas discordias civiles; el origen de no pocos pellizcos aplicados con ensañamiento y alevosía por la esposa; la causa criminal de violentas cuestiones domésticas y de catilinarias ilustradas con arañazos á manera de rojos arabescos: al final de esas escenas tragi-cómico-familiares, hay marido cuya cara parece una portada al cromo.

La doncella más ó menos... íntegra, siendo hermosa, encuentra siempre un defensor más ó menos desinteresado en el señorito, que perdona sus torpezas con una amable sonrisa, sonrisa que es la firma de la carta blanca de la benevolencia que le da para todo. Y es que los hombres no sirven para jueces de una mujer guapa: la hermosura es siempre para ellos una circunstancia atenuante: hay *delitos* que sólo puede juzgarlos con entera independencia é imparcialidad un tribunal compuesto de señoras: de lo contrario, la vindicta privada corre grave riesgo de no verse satisfecha nunca. ¿Qué juez doméstico ó marido domesticado sentencia á sangre fría á una doncella, siquiera sea de labor, á quien defienden con toda la grandilocuencia de sus miradas, dos ojos que relampaguean como el cielo en las noches de verano? ¡El hombre no sirve para eso! Y de ahí nacen esos altercados que alteran la paz del hogar, entre la esposa que acusa al marido de falta de energía, y el marido que se bate en retirada, ante el juego certero y mortífero del enemigo.

La hermosura es la peor carta de recomendación para las mujeres, tratándose... de mujeres, y mucho más si se trata de doncellas... de labor. Si el marido posee una bellísima alma de cántaro, incapaz de abrigar otra pasión que la legalizada en papel sellado por el escribano y legitimada por el cura y el sacristán, no faltan primos en cualquier grado... del crimen, ó amigos de la casa, ó de la cosa, que se encargan de trastornar los sesos á la pobre chica, cuya inocencia hinca, á veces, sus menudos dientes de conejo en la manzana de la perdición, causa del pecado original... de Adán y Eva, del que tantas versiones se han hecho después, más ó menos correctamente, á todos los idiomas.

La bonita tiene, además, pretensiones exageradísimas y una larga parentela compuesta exclusivamente de primos, capaz de arredrar al corazón más liberal de la tierra. Pero en cambio no exige salir á paseo más que los días de fiesta y los que no lo son; la más modesta pide crecida soldada; verdad es que alguna se contenta con un soldado. La vanidad, ese ángel malo de la mujer, se ha apoderado también en estos tiempos de creciente progreso de las doncellas... de labor, y á juzgar por la indumentaria moderna, ya no hay Pirineos para las clases sociales: el lujo y la elegancia

son comunes á todas; las telas brillantes y preciosas han invadido en oleadas coronadas de blanca espuma de encaje lo mismo el dorado retrete de la dama linajuda que el humilde zaquizamí de la entonada sirvienta.

Semejantes aficiones cuestan caras, pues suelen pagarse con monedas de dolor... ¡cuántas inocentes se van á pique en ese mar lleno de sirtes y escollos llamado lujo! ¡cuán pocas se salvan en la providencial tabla del matrimonio! Desde que soplan tales vientos, ¡cuánto naufragio! las desoladas playas del mar del lujo están cubiertas de cadáveres de honras...

La presencia de una sirvienta de buenas carnes y cara de cielo no conviene por muchísimos motivos á la paz del hogar: la bonita quiere vivir entre flores y arrullos, y el día que la regañan, tiende sus invisibles alas de paloma y huye del palomar, ¡quién sabe si dejando algunas sospechas en el corazón de la señora y algunas plumas en el pico y en las garras del gavilán consorte! Si comete alguna falta y se exalta la bilis de la dueña de casa, difícilmente encuentra ésta justicia en el tribunal doméstico, pues ya hemos dicho que no hay marido joven, erigido en juez de tales causas, que ose pronunciar el fallo merecido: donde quiera que haya una Friné, habrá magistrados de manga ancha. La bonita suele ser vanidosa y amiga de diversiones y descuida de una manera lamentable los quehaceres de la casa; los hombres se le acercan con miradas de adulación en los ojos y madrigales en los labios y tanta poesía forma para ella un contraste demasiado rudo con el lenguaje insoportable de la señora, que se empeña en recordarle sus deberes y obligaciones, en prosa. De ahí que las doncellas bonitas duren tan poco en las casas.

Las feas, con ser feas, no son mejores, sino peores, pues sobre no tener ninguna gracia, cometen los mismos delitos caseros, delitos que condena severamente el código del hogar, pero cuyas penas no se aplican, por lo general, sino en casos extremos, pues siempre se va de mal en peor. No se contentan con ganar poco, pero en cambio se cansan pronto del trabajo. Inútil es que al entrar en una casa la señora mayor les lea la ordenanza militar con todo el imponente aparato que reclama el asunto: á los cinco minutos ya se han olvidado de todo y no acatan más ley que la ley de su capricho.

Si la señora sale á paseo y encarga á la doncella del cuidado de los chicos, al volver de paseo la señora se encuentra con un espectáculo no anunciado en los carteles de su previsión: uno de los chicos echando sangre por las narices; otro anegado en un mar de hojas impresas arrancadas de los libros de papá, y otro subido á la baranda del balcón, en actitud de arrojarse sobre el primer transeunte conducido allí por la fatalidad. ¿Y la doncella? la doncella se encuentra, mientras tanto, muy tranquila y descuidada en la cocina, hablando mal de la señora con la respetable Maritornes, que sin dejar de entregarse á sus funciones culinarias, hace, á su vez, picadillo de la reputación de aquélla, que sirve más tarde á las vecinas en el siempre sabroso plato de la murmuración.

Exigir lealtad á esa falanje doméstica y obligarla á que cumpla con sus deberes, es soñar en imposibles; el enemigo malo se ha arrancado los cuernos, ha arrollado cuidadosamente el rabo, se ha afeitado el rostro, se ha puesto hábitos de mujer y se ha dedicado al servicio doméstico. No hay señora que no opine que las sirvientas son el mismísimo demonio: las hay, muy bonitas, que todavía conservan en los ojos el fuego del infierno...

En el gremio son raras también las que no sisen, por más que la dueña de casa les ajuste cuentas con exactitud matemática y no omita ni la millonésima parte de un centavo, exactitud verdaderamente asombrosa, si se tiene presente que las mujeres, por regla general, recurren para sus cálculos á la aritmética de los dedos.

Las doncellas... de labor forman un numeroso gremio que hay que respetar como entidad social; más aún, no faltan algunas que conservan religiosamente las honrosas tradiciones de la clase; pero hay que convenir en que el género se está echando á perder de una manera lastimosa, y que las señoras tienen muchísima razón al poner el grito en el cielo, pues la vida doméstica, más que vida, es una batalla constante, una batalla rudísima, cesando sólo la lucha cuando, por necesidad imperiosa, tienen los beligerantes que recogerse en la negra tienda de campaña de la noche para entregarse al descanso reparador y cuando no queda ya fuego ni en el vivac de la cocina.

Los defectos que afean al género doméstico son innumerables, pues apenas hemos apuntado algunos en este ligero

esbozo de las doncellas... de labor, doncellas bajo cuyo poder gemimos y suspiramos todos, con una irrisoria caña, á guisa de cetro, en las manos, y con nuestra autoridad, hecha un trapo, á manera de púrpura, en las espaldas...

¡Ah! ¡si al menos, como Pilatos, se lavaran las manos!

CASIMIRO PRIETO.



EL COHETE

Lanzóse audaz á la extensión sombría;
y era al hendir el céfiro sonante,
un surtidor de fuego palpitante
que en las ondas del aire se envolvía.

Viva su luz como la luz del día
resplandeció en los cielos fulgurante,
cuando la luna en el azul radiante
como rosa de nieve se entreabría.

Perdióse luego su esplendor rojizo;
siguió fugaz cual raudo meteoro,
y al fin surgió como candente rizo.

Paró de pronto su silbar sonoro;
y tronando potente, se deshizo
en un raudal de lágrimas de oro.

SALVADOR RUEDA.

1889.

EL CAMALOTE

Hay en los ríos americanos
que al sud descienden del ecuador,
un camalote, que mis paisanos
le llaman *hojas de corazón*.

En cierto arroyo manso y profundo,
nace, en un día primaveral,
y, ya crecido, se arroja al mundo
de las corrientes del Paraná.

Mueven sus hojas auras amigas;
á toda vela marcha feliz;
y en él descansan de sus fatigas
las mil abejas del camuatí.

Verde y pomposo, va sin descanso
arrebatado por el raudal;
ó, prisionero de algún remanso,
gira irradiando felicidad.

Hasta que un día de acerbo duelo;
hierven las aguas, se nubla el sol,
estalla el trueno, y el alto cielo
despide el rayo deslumbrador.

Las ondas se alzan; en sus furores,
se despedazan en el juncal;
y en fácil vuelo, los rayadores
sesgando cortan el huracán.

¿Creeréis que entonces muere ó desmaya
el camalote de corazón?
Pues bien, sabedlo: corre á la playa,
y allí se arraiga y alza su flor.

Sin las tormentas, la hierba iría
entre caricias al vasto mar...
Será un misterio, pero hay un día
en que nos salva la tempestad.

RAFAEL OBLIGADO.



D. Ceferino Palencia

APLAUDIDO AUTOR DRAMÁTICO ESPAÑOL

NIEVES [1]

. . . .
. . . .

NIEVES.

Cuando elegante y airosa
me presento en mi platea
y de aquella reunión,
cuya brillantez encanta,
un murmullo se levanta
de envidia y admiración,
y robo en aquel instante
solamente con mi vista
el interés al artista
y la mirada al amante,
siento un oculto placer
que me enloquece y embriaga
viendo al mundo cómo paga
el tributo á mi poder.
Señora me considero
de sus vidas y albedríos,
todos son vasallos míos
y no sé lo que prefiero,
al contemplar tantos seres
fijos en mí, no te asombres,
si deslumbrar á los hombres
ó humillar á las mujeres.

CEFERINO PALENCIA.

AL VERLA PASAR

¿Qué serafín es ese, que há un instante
me irradió el paraíso en su mirada?
¿que una celeste vida aún reflejada
tiene en su rafaélico semblante?...

De sus ojos al rayo rutilante,
en piélago de amor mi alma engolfada
la senda halló de su inmortal morada,
cual con la *Cruz Austral* el navegante.

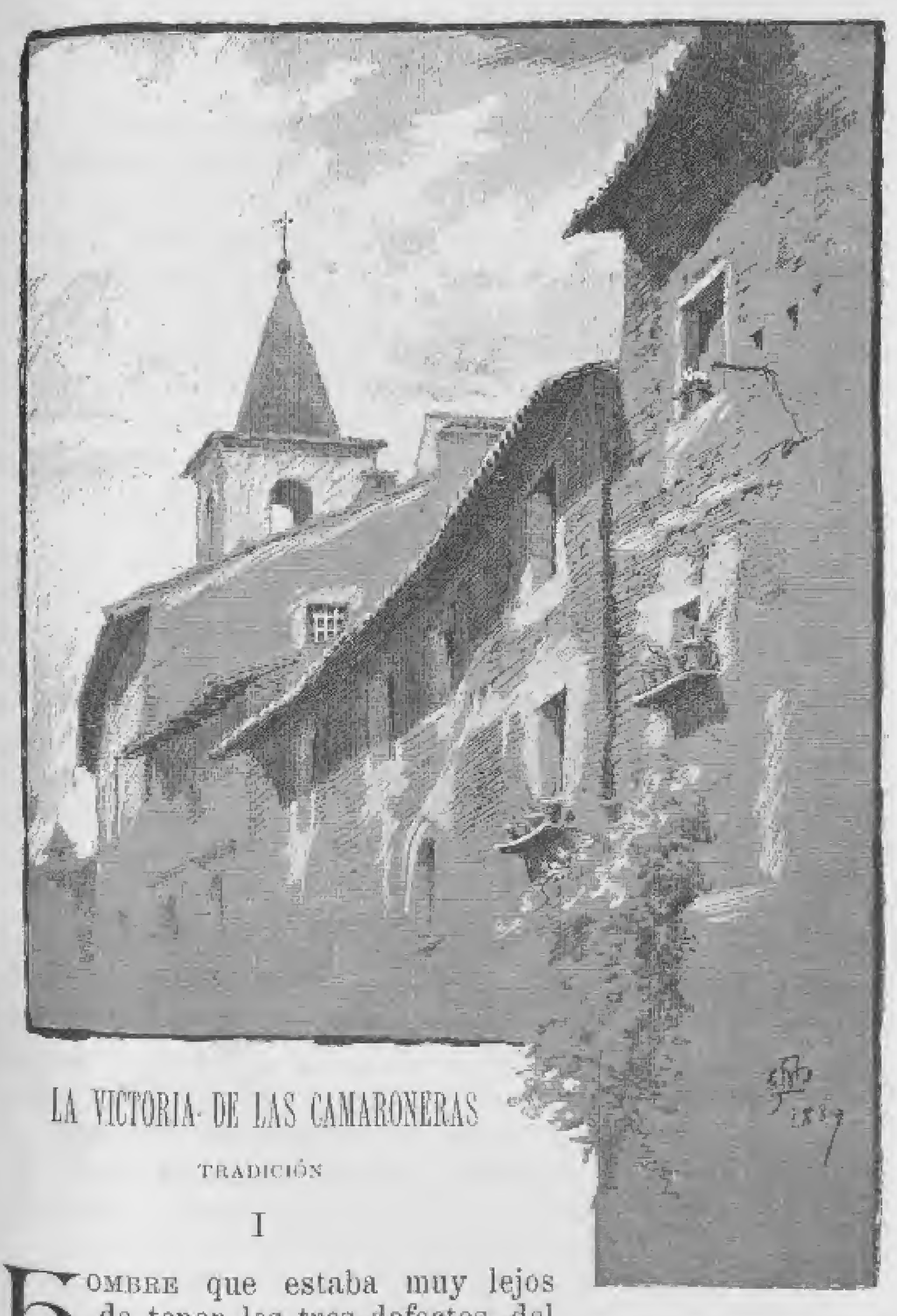
¡Pasó, la faz hacia el Empíreo vuelta,
la cabellera de azabache suelta,
y suelta al éter la ondulante falda...

Y llevaba, al pasar, resplandeciente
la luz de las auroras en su frente,
la sombra de las noches en su espalda!

NUMA P. LLONA.

Guayaquil.

1 Fragmento de una comedia inédita.



LA VICTORIA DE LAS CAMARONERAS

TRADICIÓN

I

Hombre que estaba muy lejos de tener los tres defectos del cuerno: duro, vacío y torcido, y que, por el contrario, tenía sus tres virtudes: firme, limpio y agudo, era del todo al todo, allá por los tiempos del excelentísimo é ilustrísimo don Diego Ladrón de Guevara, obispo de Quito, virrey y gobernador del Perú, el señor don Gaspar Melchor

de Carbajal y Quintanilla, procurador general de los naturales de estos reinos y alguacil mayor de rastros y mercados de la ciudad de los Reyes.

Habitaba el tal unos cuartuchos en la baranda de *Mundo, Demonio y Carne,* que así llamaban nuestros abuelos á la que forma el ángulo de las calles del Arzobispo y Pescadería. Rodeado de procesos, infolios y papelotes, y dando, de rato en rato, un sorbo á la jícara de chocolate, hallábase en su escribanía, cierta mañana del año de 1710, cuando se armó un belén de todos los diablos bajo sus balcones. El procurador, alzándose las gafas sobre la frente, empezó por asomar la nariz, receloso de que lloviesen pelotas de arcabuz; mas, convencido de que todo no pasaba de bullanga populachera, cobró ánimo, levantó la celosía ó rejilla, y sacando medio cuerpo fuera del antepecho, gritó:

—¡Ea! ¡Ea! que la ciudad no es aldea; y cada renacuajo aténgase á su cuajo; que el mercado no ha de ser como costal de carbonero, sucio por fuera, sucio por dentro. Yo os digo, muchachas, lo que dijo el asno á las coles, *pax vobis.*

Y don Gaspar Melchor, que era otro Sancho Panza, en la condición refranesca, y que no hablaba de corrido sino hilvanando refranejos, interrumpió su discurso porque, en ese instante, el rebullicio calentaba, y tanto que un camotillo, disparado con pretensiones de pedrada, vino á dar á su merced en plena calva.

—¡Jesucristazo! exclamó nuestro hombre tocándose el chichón y recogiendo del suelo el proyectil. ¡Para mi santiguada, que si es de los de á cinco en libra me desequilibra! Bueno está el chiquitín para el puchero, que lo que no ha costado, bien llegado. Vamos á meter paz, como es de mi obligación, antes que me digan: Lucas, ¿por qué no encucas? que todo no ha de ser cama de novios, blanda y sin hoyos, ni cepo, condedura y cebada para la mula. Con razón dicen que cada mosca tiene su sombra, y que, aquí como en Huacho, todo borracho es macho.

Y tras calarse el chambergo, tomar la capa y coger la alguacilesca vara, bajó á escape la escalera, canturreando estos dos refranes:

> Hijo, no comas lamprea
> que tiene la boca fea.
> ¡Ay! madre, casar, casar,
> que el zarapico me quiere picar.

II

No recuerdo en cuál de mis tradiciones he apuntado que, hasta después de *entrada la patria*, era la plaza Mayor el sitio donde se hacía el mercado; y tanto que hasta el rastro, camal ó matadero se hallaba situado á las inmediaciones, en terreno sobre cuya propiedad andan hoy niños zangolotinos en litigio con el Cabildo.

Así el virrey conde de Castellar como sus sucesores, duque de la Palata, conde de la Monclova y marqués de



Castel-dos-Rius, designaron para el gremio de camaroneros y pescadores de bagres el espacio, en la calle que aún se conoce por la de la Pescadería, desde la reja de la Cárcel de corte (hoy Intendencia) hasta la puerta de Palacio, que dista sesenta varas de aquélla. Las indias, mujeres de los camaroneros, eran las encargadas de vender el artículo; pero de pronto las expendedoras de pescado, no obstante tener sitio señalado en la acera fronteriza al de las camaroneras, empezaron á invadir el terreno de éstas, surgiendo de aquí frecuentes peloteras, y teniendo siempre que acudir gente de justicia para que el olivo de la paz diese fruto de aceitunas. Ambos bandos gastaban luego en

papel sellado, con gran provecho de tinterillos y escribanos; y los virreyes, como hemos dicho, terminaban por decretar en favor de las camaroneras. Las provisiones que comprueban esta afirmación mía se encuentran en uno de los tomos de manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Aquella mañana las camaroneras se habían congregado en la esquina del Arzobispo, acaudilladas por Veremunda, la más guapa mulatilla de Lima, según decir de los condesitos y currutacos de la época.

Era Veremunda una mozuela de veinte años bien llevados, color de sal y pimienta, que no siempre ha de ser de azúcar y canela, ojos negros como el abismo y grandes como desventura de poeta romántico, de esos ojos que parecen frailes que predican muchas cosas malas y pocas buenas, boca entre turrón almendrado y confitado de cerezas, tabla de pecho toda esperanza, como en vísperas de boda, pie de relicario, pantorrillas de catedral y un hoyito en la barba tan mono que, si fuera pilita, más de cuatro tomaran agua bendita. Al andar, unas veces titubeábanla las caderas, como entre merced y señoría; y otras, se balanceaba como barco con juanetes y escandalosa, en mar de leva. Vestía faldellín listado de angaripola de Holanda, medias color de carne de doncella, zapaticos negros con lentejuela de plata, y camisolín de hilo flamenco con randas de la costa abajo, dejando adivinar por entre el descote un par de prominencias de caramelo coralino.

Veremunda era la florista más favorecida entre las que sentaban sus reales en la vecindad del Sagrario, lugar bautizado con el nombre de *Cabo de Hornos*, porque todo galán que por ahí se arriesgaba á pasar, á buen librar salía con un cuarto de onza menos en el bolsillo, gastado en un ramo de flores y un *pucherito* de mistura. Fuese por simpatías de vecindad, ó porque las camaroneras se habían propiciado su apoyo, con regalo de los mejores bagres y más suculentos camarones, lo cierto es que Veremunda era tenida y acatada por capitana del gremio. Es fama que el seriote don Gaspar Melchor de Carbajal y Quintanilla se hacía flecos por los encantos de la misturera, y andaba tras ella como mastín piltrafero.

III

El señor alguacil mayor, metiéndose en un grupo de pescaderas, las arengó de esta manera:

—¡Arrebuja! ¡arrebuja! que aquí está quien desburbuja. Calma, muchachas, que la lima lima á la lima, y la pera no espera, mas la manzana espera. No os parezcáis á los perros de Zurita, que eran pocos y mal avenidos; y lo peor de todo pleito es que de uno nacen ciento; y el que levanta la liebre siempre es para que otro medre. Quita tú allá, pájaro granero, que no entrarás en mi triguero.

Y blandiendo la vara dirigíase á algunas de las revoltosas.

—Cállate tú, ovejita de Dios, antes que el diablo me despavile, y en la cárcel te trasquile. Silencio tú, gran zamarro, que al buen callar llaman Sancho; y al bueno, bueno, Sancho Martínez. Déjame pasar, arrapiezo, y no me vengas con tilín-tilín, como el asno de san Antolín, que cada día era más ruín.

Y penetrando en medio de las arremolinadas camaroneras, se expresó así:

—¡Cuerpo! ¡cuerpo! que Dios dará paño. Déjense de daca el gallo, toma el gallo; porque se quedarán con las plumas en la mano, y todo será como el desquite de Perencejo, que perdió un ducado y ganó un conejo; ó resultar con el ajuar de la ventera, tres estacas y una estera. Hijas, el que pleitea no logra canas ni quijadas sanas. Más apaga buena palabra que caldera de agua, y á las querellas hay que decirles: marmolejo, aquí te hallé y aquí te dejo. Á la mar, á la mar, chirlos-mirlos á buscar; que pato, ganso y ansarón, tres cosas suenan y una son. No hay para qué tentarle el pulso al gato ni meterse en cosas de justicia, que ella es como mi compadre el del molejón, que á quien quiere amuela y á quien quiere non. Quieta tú, Manonga Pérez, que te pareces á Daroca la loca, grande cerco y villa poca, ó al zonzo Tinoco, mucha fachada y seso poco.

Y aproximándose á Veremunda la dijo, muy á la oreja:

—Dios te salve, vida y dulzura, que tuyo soy con todas mis coyunturas.

—Bueno, bueno, bueno, contestó la rapaza; mas guarde

Dios mi burra de tu centeno, que aquí y en la Magdalena, hijito, el que no trae no cena.

—¿No tiene toca y pide arqueta, la dargadandeta? Anda, conciencia de Puerto-alegre, que vendes gato por liebre.

Y la *china*, que no era de las que se muerden la lengua, sino muy criolla y decidora, repuso poniéndose las manos en la cintura como asas de jarra filipina:

—¿Cómo te va, Mendo? Ni llorando ni riendo. Rebuzno de asno sin pelo, no llega al cielo, y sin pedernal y estrego, ni salta chispa ni brota fuego.

—Con la que lo dices, lo atices, grandísima arrastrada, que ya dirá la gata al unto, te barrunté y te barrunto.

Y el alguacil mayor se alejó, murmurando:

—Coces de yegua, amor para el rocín. ¡Santa Librada! ¿Si será la salida como la entrada?

Paréceme que los refranes de don Melchor Gaspar tenían para la chusma más elocuencia que todos los discursos y catilinarias de Demóstenes y Cicerón; porque se apaciguaron los ánimos, cesaron las hostilidades, y hubo formal armisticio entre camaroneras y pescaderas.

IV

¿Cómo se las compuso el procurador general de los naturales para que los decretos de cuatro virreyes dejasen de ser, como hasta entonces, letra muerta? No sabré decirlo. Lo que sé es que, á la vista tengo la siguiente provisión:

«Mando á vos, don Dionisio López de Prado, teniente de la compañía de á caballo de mi guardia, sostengáis á las indias camaroneras en la posesión del sitio que va desde la puerta del real palacio que cae á la calle de la Pescadería hasta la reja de la Cárcel de corte; y que las demás indias, negras y mulatas, no las inquieten ni perturben; y que en ningún tiempo se sienten ni pongan canasto en dicho sitio; y que guardéis y cumpláis esta provisión, castigando con severidad á los que la contravinieren.—Fecha en los Reyes, á los 2 días del mes de Marzo de 1711 años.—*Diego*, obispo de Quito.—Por mandato de su excelencia, *Manuel Francisco de Paredes*.»

El teniente don Dionisio López de Prado empezó por meter en la cárcel un par de hembras leguleyas, que preten-

dieron afirmar la bandera de rebelión con tres silogismos y cuatro autoridades; y realizado este acto de energía administrativa, no hubo ya quien osase levantar moño contra las camaroneras.

Añade la tradición (que á las veces miente más que politiquero de portal) que Veremunda, para celebrar el triunfo de sus protegidas, dió un *cachazpari,* como dice el nuevo diccionario de la lengua, en Amancaes, con mucho de arpa, cajón y guitarra.

Estopeño ó cañameño, cual me lo dieron lo vendo. Dicen, (yo no lo digo, que no soy mala lengua para desprestigiar á nadie, y menos á la autoridad), que el procurador Carbajal y Quintanilla, dejando en casa y bajo siete llaves la gravedad, echó una cana al aire, y tomando por pareja á la florista, bailó una sajuriana ó moza-mala de esas en que hay cintureo de culebra cascabelillo.

Y con esto, lectores míos, y como para pan y cebolleta no es menester trompeta, paz y paciencia y muerte con penitencia.

RICARDO PALMA

Lima



⁂

Si aspiras á ser dichoso,
practica estos dos principios:
olvídate del recuerdo,
y acuérdate del olvido.

E. DEL PALACIO.

LOS NIÑOS TERRIBLES



—¿Te molesta el peinado?
—Sí, Luisito.
—Pues haz como mamita.
—¿Y qué hace su mamá, caballerito?
—Cuando le duele el pelo, se lo quita.

MADRIGALES

Me ha dicho esta flor pura,
que da á las flores del Edén agravios,
que su mayor ventura
es morir abrasada por tus labios.

Pero ¿por qué me quejo?
¿Por qué de otras al ver la gentileza,
suspiro, callo y con rubor me alejo?
¿No me llama él hermosa?
¿No dice que aventaja mi belleza
á la de fresca y encendida rosa?...
¡Bah! no debo hacer caso del espejo.

José María Estevan.



EL PRIMER TOQUE...

Á MI RESPETABLE Y ESTIMADO AMIGO DON JUAN DURÁN Y CUERBO

Pasó un día por mi lado,
y al ver su rostro agraciado
y su talle voluptuoso,
lancéme tras de ella ansioso
y en extremo enamorado.

La infiel el paso apretó,
yo, obstinado, la seguí,
y aunque en su afán no cejó,
cuanto más *huyó de mí*
más ligera *me alcanzó.*
Caí rendido á sus pies,
la pinté mi loco afán,
me escuchó con interés
y dos minutos después
era la chica un volcán.
¡Qué arrebatos de locura!
¡cuánto amor! ¡cuánta ternura!
tal pasión por mí sentía
que á todo trance quería
que fuese á buscar al cura.
—¡Calma, por Dios! aún no es hora,
la decía yo; ten juicio.
—Para un corazón que adora,
contestaba la traidora,
esperar es un suplicio.
—Apenas nos conocemos...
—¿Y qué importa? nos casamos
y Dios querrá que acertemos.
—Con esperar, ¿qué perdemos?
—Con esperar, ¿qué ganamos?
Tus ideas no me placen.
—Tampoco me satisfacen
las tuyas, por caprichosas.
Hay que pensarlo...
—Estas cosas
si se piensan... no se hacen.
¿Mi faz no te cautivó?
—Desde el punto que la ví,
su hermosura me cegó.
—¿No me quieres?
—¡Eso sí!
—¿O es que mientes?
—¡Eso no!
—Pues tu calma no me explico,
siendo tu amor verdadero,
y ya me enfado y me pico;
¿acaso no eres soltero?
—¡Quién lo duda! ¡desde chico!
Mas aunque por tí me abraso
y me encanta tu sonrisa,
de sopetón... ¡no me caso!
—¡Es que tú andas paso á paso
y yo llevo mucha prisa!
Tras de tanto suspirar,
¿quieres que mi afán sofoque,
hoy que tocan á casar?
—Pues bien puedes esperar...
¡si no es más que *el primer toque!*

Como por mí deliraba,
según su labio juraba,
accedió, puesta en un potro...
¡y mientras yo lo pensaba,
la infiel se casó con otro!
Y es que, ávida de alcanzar
ventura tan singular,
la que en tales ansias arde,
cuando tocan á casar
siempre cree llegar tarde.

CASIMIRO PRIETO.



CUENTO

Un ciervo saltó al camino
yendo de caza don Lino,
médico de Peñafiel,
erróle, y fuera de tino
sacó furioso un papel.

Desdeñando la escopeta
una bola bien repleta
con el papel fabricó;
era su última receta,
tiróla al ciervo, y cayó!

MANUEL DEL PALACIO.

MORIR ES DORMIR

DOLORA

Una niña decía:
—Madre, ¿qué es una muerta?
—¡Una muerta! la madre respondía:
es la que duerme y que jamás despierta.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EL LITERATO FALSIFICADO

Estamos en una época de regeneración social.

Merced á los adelantos de las ciencias y de las artes, cualquier hijo de vecino se levanta un día de buen humor, y se dice: «quiero ser esto, ó lo otro, ó lo de más allá,» y, no hay que darle vueltas, logra por fin todo lo que quiere.

Sólo así puede comprenderse que exista en el mundo tal colección de talentos artificiales y genios averiados, que se creen dueños de la humanidad.

Segunda edición de la pedantesca raza anatematizada por Moratín, pulula hoy una variedad de aquélla, nuevecita, flamante, verdadero aborto de la última mitad de este siglo del progreso.

Su nombre es: *el literato falsificado.*

Sírvanos, como muestra de la clase, cualquiera de sus miembros.

Don Epifaneo fué en sus buenos tiempos escribiente de un literato, y ganaba un modesto sueldo poniendo en limpio y con letra muy clarita (que era lo único bueno que don Epifaneo tenía) las cuartillas que su principal mandaba á la imprenta.

Sea que lo bueno se pega con el roce diario, sea que nuestro buen hombre se cansara de copiar lo que otro escribía, el caso es que concibió la idea de dejar de ser escribiente para convertirse en escritor.

En dos meses y pico devoró una biblioteca, aunque sin digerir una página; y para tener siempre la ciencia, el arte, la literatura, la historia, etc., al alcance de su mano, don Epifaneo gastó parte de sus pequeños ahorros en un Larousse, obra obligada de todo sabio y necesaria á muchos que no lo son, pero que pretenden pasar plaza de tales, y merced á la cual, cuando su uso estaba menos generalizado que hoy, lograron más de cuatro crearse una reputación de hombres de talento.

Don Epifaneo con su Larousse y la constante lectura, llegó á saber que América fué descubierta por Colón, que el descubrimiento del vapor es posterior al de los cigarros

de la paja, que Adám fué el primer hombre que durmió la siesta, y que San Pedro fué el santo de menos pelo de los contemporáneos de Poncio Pilato.

Averiguó también, por el mismo sistema, que el aire no ha sido nunca cuerpo sólido, que los mamíferos han habitado en todo tiempo la *costra terrestre* y los peces el *líquido elemento;* que los hombres se acostaban á oscuras cuando aún no se había descubierto el alumbrado artificial, y finalmente, que la especie humana ha nacido siempre lo mismo que hoy, sin diferencia notable. De paso aprendió un par de docenas de frases técnicas, como *paleográfico, fonográfico, frenológico, tetradinamia, entimema* y *epikerema*, etc., etc., cuya significación ignoraba, y que revueltas con algunas voces latinas, tomadas al azar, repartía viniera ó no á cuento.

Finalmente un día, después de haber repasado *in mentibus* (uno de los latinajos favoritos de don Epifaneo) todos sus vastos conocimientos, examinándose con toda la prolijidad é *imparcialidad* de que era susceptible, y convencido hasta más no poder de que *sabía mucho* é ignoraba no poco, se decidió á ser el asombro de sus conciudadanos, no dudando de que éstos le venerarían como á una gloria nacional, y de que su nombre figuraría, al nivel, por lo menos de los de Cervantes, Shakespeare, Hugo, Molière, etc.

Su primer hijo intelectual se presentó bajo la forma de un poema épico en mil setecientos siete cantos, titulado: *La edad de oro,* en el que haciendo alarde de conocimientos mitológicos, históricos y geográficos, colocó el jardín de las Hespérides entre el estrecho de Behring y el golfo de Omán, desarrollando en él la acción de su poema.

Veíase allí al rubicundo Apolo persiguiendo obstinadamente á Juana de Arco, que se defendía del concupiscente dios, halagando su glotonería con unos cuantos *ticholos* frescos; á Melpómene sacando vasos de agua de la fuente Castalia para refrescar las fauces del Pegaso; á Terpsícore del brazo de Motezuma, extasiada en la contemplación de un plantel de alcahuciles; á Talía cazando mariposas, y á Minerva ensayando el himno de Garibaldi en un Stradivarius.

El poema sale á luz, y aunque sólo cuatro amigos del autor lo leen por haber recibido un ejemplar gratis, dur-

miendo el resto de la edición en los empolvados estantes de las librerías, don Epifaneo no se desanima, recuerda que la historia de las letras está llena de casos análogos; que los mejores poetas de todas las épocas han muerto de una indigestión de hambre, y sigue impertérrito por la senda que se ha trazado.

Un editor de la talla intelectual de don Epifaneo, patrocina la nueva producción de éste, una novela terrorífica del género naturalista, titulada: *La venganza de una momia ó los amores de un cadáver*, la cual es comprada por todos los vendedores de los mercados y algunos ambulantes.

En vista del asombroso éxito de esta primera novela, y siempre bajo la protección del mismo editor, da vida á una segunda de un realismo crudo, que pone los pelos de punta, titulada: *Los amores de treinta y tres vestales; memorias de un romano del bajo imperio.*

Ya no son sólo los *puesteros* los que compran esta obra; su sabor picante, reactivo necesario para el estragado estómago de cierta parte del público, hace que se agoten las tres primeras ediciones, y el nombre de don Epifaneo es citado como el mejor entre los mejores, y él, entusiasmado, animado por unos y por otros, escribe novelas sin cuento, dramas, artículos, poesías... ¡la mar! y siempre de la misma escuela, con títulos provocativos, y el público continúa disputándose aquellos volúmenes, que piden á gritos un cura, un barbero y un ama, para hacer con ellos un auto de fe como el que Cervantes describe en *Don Quijote.*

La Nueva Nana.—Hombres y mujeres ó el pecado original.—El puñal y el veneno, ó castigo de las diez adúlteras.—Los misterios de la nada.—Tres años en el vacío.—El manuscrito de un verdugo, etc., etc.

Y don Epifaneo se enriquece con estos disparates, siendo ésta una de las muchas diferencias que existen entre el literato auténtico y el falsificado; pues así como el primero no llega nunca á ver reunidos en su bolsillo diez pesos (salvo ligeras excepciones), el segundo, creado por la estupidez y basado en ella, es por ella enriquecido.

Hay muchos así en el mundo ¿no es cierto?

Adolfo Poleró Escamilla.



EL FANTASMA

Á MI BUEN AMIGO RICARDO SÁNCHEZ

En un ángulo oscuro de mi alcoba,
á mi vista un fantasma se presenta
con los ojos sin luz, cuando la noche
el tardo curso de sus horas cuenta.

Le veo en la penumbra vagamente
á veces sollozar; otras, me muestra,
movida por la risa, aquella boca
siempre animada de una horrible mueca.

Cierro los ojos con horror... en vano,
que hasta en las horas del placer me asedia;
y entre la luz del esplendente día
siento sin verle su fatal presencia.

Se goza en molestarme, en perseguirme,
hasta mi mesa de trabajo llega,
y en tanto que revuelvo mis papeles,
con mirada implacable me contempla.

—«¿De qué te sirve trabajar? me dice:
¡á qué esa estéril, ímproba tarea!
¡Ni un eco dejarás tras de tus pasos,
ni una fecunda ó levantada idea!

14

»Sofoca ya la aspiración sublime
que hacia las cumbres del ideal te lleva;
que en vano vas siguiendo la soñada
serena luz de la belleza eterna!

»¡Antes que tú se extinguirá tu obra;
la oscuridad, tu amiga y compañera,
dejará en tu sepulcro su corona
de olvido, de dolores y tinieblas!»

¡Oh! ¡te conozco, desaliento triste,
negro fantasma que jamás me dejas,
sombra de mis pasadas decepciones,
de mis luchas estériles, sin tregua!

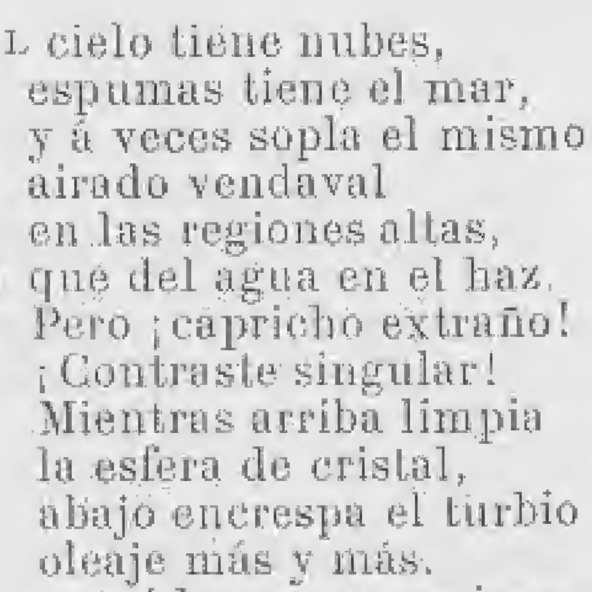
¡Oh! ¡te conozco; tu caricia fría
llevo en el alma para siempre impresa;
todo me deja, me abandona á veces,
tú, solamente, inconmovible quedas!

S. I. Villafañe.

Buenos Aires, Abril 1889.

NUBES Y ESPUMAS





L cielo tiene nubes,
espumas tiene el mar,
y á veces sopla el mismo
airado vendaval
en las regiones altas,
que del agua en el haz.
Pero ¡capricho extraño!
¡Contraste singular!
Mientras arriba limpia
la esfera de cristal,
abajo encrespa el turbio
oleaje más y más.
Así humanas pasiones
soplando por igual,
ya del cielo despejan
la azul inmensidad,
ya de la vida agitan
el piélago tenaz
con olas espumantes
que no cesan jamás.
¿Es acaso que forja
el ronco vendaval
con jirones de nubes
las espumas del mar?

José Echegaray.



D. Juan Valera

ILUSTRE LITERATO ESPAÑOL

EL ALMA AMERICANA [1]

COLOQUIO ENTRE UN PADRE Y UN HIJO ARGENTINOS

—Padre mío, me has hablado de mi Bandera con una unción que me llega al alma y me estremece, inspirándome amores, sentimientos y anhelos que antes no sentía é ignoraba. Tu palabra redentora ha caído en mi espíritu como luz y como fuego; me siento iluminado, enardecido. Ahora comprendo bien todo lo que el maestro nos quiere decir cuando nos habla con entusiasmo y con frecuencia del verbo creador; sí, la palabra fecunda, vivifica y puebla el caos; sí, con su magia divina, el alma, antes entenebrada y yerta, se empapa en luz y florece. Háblame, pues, háblame siempre, padre mío; mi alma aletea, quiere volar. Tu palabra, como el verbo, es hija del amor, y el amor levanta hasta los Lázaros y purifica hasta las Magdalenas.

—Hijo mío: también mi alma se desentumece ante la explosión de tu entusiasmo infantil que reaviva en ella una fe decadente. No te extrañe este desmayo, ni enfríe tu ardor santo: son los eclipses intermitentes en que nos lanzan las contrariedades y la materialidad de la vida. Pero, como en lo físico las nieblas que interceptan la luz del sol son pasajeras, en lo moral también las sombras que nos oscurecen el horizonte duran poco. Como tú piensas, con juvenil, pero acertado candor, la palabra creadora, hija de la meditación, nos levanta con su brillo sobre los limbos de la vida y nos inicia en cielos superiores.—A estos cielos quiero yo conducirte, para que el recuerdo de haber morado en ellos te sirva de norte salvador, cuando los embates de las contrariedades humanas te arrojen fuera de su rumbo con sus olas furiosas.—Mi palabra ha despertado tu espíritu, porque es mi alma que se adelanta hacia la tuya que viene hacia mí.

La palabra es el lazo que une los espíritus, que los ata y los anuda en unidad consustancial. Sin la palabra las almas no se pueden conocer, no se pueden relacionar. Las

[1] De un libro inédito.

palabras son las mensajeras de nuestras almas, son nuestras almas mismas que vuelan y se transmiten como soplos en metempsícosis permanente. Por la palabra se miden las almas, porque es su reflejo, su sustancia. Cuando la palabra desfallece, el alma está moribunda; cuando la palabra irradia, el alma brilla vivaz. La palabra crea las cosas humanas como el verbo creó los mundos y los soles. Haces bien, hijo mío, en amar la palabra: por ella sólo vivirás, por ella sólo imperarás.—Que sea siempre ella tu vehículo alado, y el medio, superior á la electricidad, superior al magnetismo, para espaciar tu alma y enlazar las almas á la tuya en fraternal amor.

—Padre mío: quiero que me reveles todo cuanto no conozco y ansío conocer. Anhelo saberlo todo, sentirlo todo, para después osarlo todo. Oigo en mi interior una voz que me llama; siento un empuje que me impulsa y paréceme que mi ser, actividad en esencia, sólo puede alentar en la acción como su atmósfera respirable y vital. El silencio, la inacción, la inercia me espantan como la boca de un abismo; me entristecen como entristece la nada, y creo descender yerto al no ser, estrechado por los helados brazos de la muerte. La creación me atrae, sus rumores suenan en mis oídos como celeste armonía; sus esplendores me embelesan, sus misterios me fascinan y me abraso en el deseo de levantar los velos de la magia que me encanta.

—Hijo mío: esa savia bullente es el hervor de tu alma americana. Tú perteneces á una raza nueva, porque las razas se renuevan por las transformaciones y las modificaciones de las cruzas y de los hábitos seculares. Tú llevas sobre tu frente el esplendor de todos los siglos; envuelven tu cabeza como una aureola celeste las glorias de las edades pasadas y abren tu camino en sendas de luz, las penas, las luchas, los dolores y los trabajos titánicos de toda la humanidad que fué. Tu pasado es profundo, tu porvenir es insondable; álzate con la grandeza de tus orígenes y la sublimidad de tus destinos. Bebe la luz en la historia de los siglos pasados, pide inspiración á los cielos, á las montañas, á los valles de tu madre América y lánzate audaz en la ruta no trillada del futuro, para dejar marcada é indeleble la huella de tu paso en los tiempos que no se borran.

—Padre mío; sí, tú interpretas mis más vagos y con-

fusos anhelos; tú reproduces mis íntimas emociones; tú abrillantas mis ideales y visiones y das forma y colores á las intuiciones doradas de mi alma soñadora. Yo también, padre mío, me siento arrastrado como en vértigo á ese más allá que tú me apuntas con profético acento. Cuando la luna pálida platea nuestro cielo azul purísimo, experimento, al contemplarlo, como devaneos ó deliquios que me sumergen en éxtasis arrobante, y mi fantasía, arrebatada, inspirada por no sé qué numen misterioso, me lleva en sus alas doradas á mundos ideales de panoramas mil y de mirajes sin término. Entonces mis ideas, mis pensamientos, germinan en mi mente como soles deslumbrantes que deshacen las nieblas que me cercan y tornan diáfanos y transparentes como el cristal los arcanos y secretos de la creación y de la vida; entonces mis sentimientos hinchan dulcemente mi corazón y siento una paz divina y místicas dulzuras; entonces mi flaca voluntad humana se yergue viril é inflexible como la fatalidad y el destino, y los mares me parecen lagos para atravesarlos y los Andes colinas para trasmontarlos; entonces, fortalecida, enaltecida y casi divinizada el alma mía por tantos alientos de lo alto, vuela á postrarse sobre las gradas del esplendente trono del Eterno, y desde esa altura de luz y santidad, la vida, padre mío, me parece una armonía, y el mundo la gloria de Dios. Como si el porvenir se abriese á mis sentidos, como si mi pensamiento atravesase las edades y evocase leyendas aún dormidas en las entrañas del tiempo, embargan mi imaginación adolescente los cuadros sonrientes de palpitante vida que pasan en tropel rielando su brillantina luz; y la existencia me parece una epopeya, y tiñéndolo todo en la excelsitud que este mágico iris presta á mi fantasía, me parece todo, en mi divino encantamiento, heroico, grandioso, sublime.—Pero después de este inefable arrobamiento, cuando las gasas diáfanas que me envolvían como mantos de luz y me llevaban veloz por los espacios sin término, como llevan las brisas los suspiros de amor y los perfumes de las flores, se disipan y toco el frío de la realidad que me hiela y la ruda costra de la materia que me eriza; cuando á estas diorámicas visiones de mi mente se suceden cuadros de recargadas sombras; cuando mis ojos de carne y mortales apenas alcanzan en su impotencia á recoger las imágenes cercanas; cuando me siento aprisio-

nado por la torpeza de todos mis sentidos que me embotan y me limitan; cuando los males de la vida humana que recobro me punzan como espinas y los gemidos del infortunio ajeno apenan mi alma, ¡ay! padre mío, siento tristeza por la vida y tiemblo al perder en la vigilia mundana las ilusiones encantadas que me levantaban hasta Dios, y lloro esos dulces delirios, esas hechiceras quimeras que se desvanecen al sol de la tierra y palidecen y se secan como palidecen y se secan las flores en la crudeza invernal; entonces, padre mío, ya no amo la vida que no es amor, que no es luz, que no es libertad, y me parece que hay más paz en el silencio y más dulzura y más verdad en la muerte.

—Hijo mío; ni te engaña tu fantasía, ni te miente tu corazón. Esos cuadros que ella borda con colores y brillo de púrpura y de nácar, esos puros y divinos amores que él ansía, esa audacia de tu voluntad infantil que quiere ejercitarse en lo titánico, esas tus explosiones de entusiasmo y de febril deseo, esas tus ardientes y santas aspiraciones al futuro, son los reflejos vívidos del áureo porvenir de América que lanzan tu alma á su encuentro. Tú no deliras, hijo mío, tú no sueñas; mantente siempre en esas alturas majestuosas como el profeta en las regiones venerandas del Jordán y serás el Bautista de la celeste aparición de América. La América, hijo mío, tiene su historia que crear, tiene su herencia que legar, tiene su deuda que pagar, tiene su porvenir que llenar. Cada región, cada continente, ha dejado su surco dorado en la prosecución del fin humano, y á la América le cumple realizar la última evolución de la humanidad en los tiempos. Cada pueblo ha vencido una dificultad, ha hecho una jornada, ha realizado una etapa, y al pueblo americano levantado sobre estas fuerzas, sobre estas magnas labores, le corresponde la tarea en los siglos de unirlo todo en síntesis, ampliando y engrandeciendo la civilización que ha heredado. La India, la Judea, el Egipto, la Grecia, Roma y la Europa moderna son los peldaños de la escala que la América tiene que ascender, aquella escala mística que el patriarca dormido en el desierto veía en sus ensueños proféticos. La marcha humana es ascensional, va siempre tras lo mejor, apurando y consumiendo ideales.

La América es sin disputa la incubación de los siglos; la humanidad la llevaba palpitante en la gestación de sus

entrañas; el poeta con acento de vate cantó su presentida y anhelada aparición, cuando dijo:—«...Vendrán otros siglos con sus tardíos años; y el Océano desatará los secretos con que oculta sus misterios.—Una tierra inmensa aparecerá á nuestros ojos: Tifeo nos mostrará nuevos mundos; y Thulé no será el último de los continentes habitados.»

América ha aparecido al llamamiento amante de la humanidad, no para extender el suelo del Viejo Mundo que aún no ha agotado, no para aumentar sus riquezas que aún no ha consumido, sino para vigorizar el pensamiento, para entonar la voluntad y levantar el alma á nuevos cielos. De la América saldrá la humanidad, renovada, depurada, enaltecida. La estatura humana se elevará cien codos sobre su actual medida, el pensamiento brillará con fulgor desconocido, el sentimiento se derramará como raudal sonoro y la voluntad se erguirá con divino vigor.

La libertad, nuevo numen de las edades futuras, romperá las ataduras que detienen la expansión humana como bandeletas de la muerte, y el hombre, Prometeo engrandecido, bajará los cielos á la tierra ó alzará la tierra hasta los cielos. Póstrate, hijo mío, póstrate de rodillas ante el esplendor radioso de este sol que despunta; déjate llevar en alas de las esperanzas mesiánicas de América, entrega tu alma ingenua al destino del futuro, y tendrás, como los escogidos, la visión anticipada del reino de Dios sobre la tierra, glorioso, brillante. Oirás las armonías de liras divinas, más dulces que la música de las esferas; sentirás fruiciones inefables de una bienaventuranza celeste, nunca sentida en la tierra; leerás las páginas de la creación como las páginas de un libro; verás el alma de las cosas, la esencia de los seres, los arquetipos de la vida con luces superiores á la luz reunida de todos los soles del cosmos. La vida, hijo mío, regulada por la justicia, encaminada al bien y abrillantada por el bello ideal, será un compás, un ritmo, un acorde en el eterno concierto de todo lo creado y el hombre marchará con la majestad de un Dios, radiante su frente y fulgurante su mirada.

—Padre mío, vamos, vamos, sí, padre mío, hacia esos altos destinos. ¿Por qué no convertir en realidades palpables las visiones ideales de nuestra mente? ¿Acaso Dios habrá dado tantos esplendores á nuestras almas, para que las enloquezcan como deslumbramientos de engañosa falsía?...

—Hijo mío, no; no dudes jamás de la veracidad divina. Todos los amores que Dios da á tu sensibilidad, todas las visiones que da á tu mente, todas las voliciones que da á tu voluntad son impulsos que imprime á tu alma, para empujarla en la senda de su misión y de su destino.

—Padre mío: ¿y qué necesito yo, qué debo hacer yo para escalar altura tanta? Esta misión de la América y del americano es escabrosa, espinosa y aterradora como la gloria. Ante nuestra pequeñez é impotencia, parece audacia y soberbia osadía, ambición tan gigantesca. La figura sombría del Luzbel del Paraíso Perdido viene á mis recuerdos y creo que hay algo de satánico fulgor en estas aspiraciones atrevidas del alma del ser humano, barro que la muerte convierte en un puñado de polvo.

—Hijo mío, no hay altivez, sino humildad en cumplir el deber, en escuchar la voz de Dios y obedecer su mandato. Tú eres pequeño como la bellota, pero con el tiempo y el trabajo crecerás tan alto como crece la encina con el agua y el sol. Sigue las inclinaciones, los instintos de tu ser, que son los impulsos que ha impreso á la arcilla humana el que la animó con su soplo. Estudia, observa, medita, escucha las voces de la naturaleza que tiene un lenguaje claro para el que la consulta con amor, y recoge en tu conciencia las inspiraciones de Dios.

FEDERICO TOBAL.

Buenos Aires, Junio de 1889.

EN EL FORO ROMANO

¡Os contemplo asombrado,
arcos deshechos, ruinas del pasado!
En los varios fragmentos
de estos despedazados monumentos
¡cuánta luz! ¡cuánta gloria!
cada trozo es guardián de una memoria.

Se lee la historia humana
en estas piedras. La ciudad romana
fundó aquí sus altares,
y nacieron los dioses tutelares
de Roma y su fortuna.
¡Y aquí tuvo el derecho sacra cuna!

GUILLERMO MATTA.

AMOR DE COQUETA



—¿Cómo has podido, incauto, enamorarte
de mujer que en fingir tiene tal arte?
—¡Pues la amo!
—¿Y ella á tí?
—¡Por vida mía!
no lo sé; sólo puedo asegurarte
que hace cinco minutos me quería!

EPIGRAMA

—¡Cómo creció, Nicolasa,
tu hijo! ¡vaya un tagarote!
pronto le saldrá bigote...
—¡Si ya se lo deja!
—¿En casa?

MONIGOTES AUTOMÁTICOS

ROMANCE

Amigo, eres muy pesado,
no se te puede aguantar.
«Escribe versos, Vicente,
me dices con terquedad;
mi libro te los reclama;
conque venga original.»
Esto un día y otro día...
¡ten, por Dios, más caridad,
y advierte, Prieto querido,
que no puedo escribir más!
Á las Musas festejé
en mi juvenil edad;
por aquel mi atrevimiento
me vienen á castigar
y hoy la inspiración me niegan,
que en vano en mí buscarás.
Yo quisiera complacerte,
póngome á escribir, mas ¡ay!
comprendo, querido amigo,
quo es nula *mi voluntad*
sin el soplo poderoso
de un espíritu auxiliar.
Debes estar convencido,
cual todo el mundo lo está,
de que las criaturas somos
maniquís y nada más,
fantoches, que transitamos
por la senda mundanal
á merced de los espíritus
que impugnándonos están.
Unas veces nos levantan
hasta la sublimidad
y otras, amigo querido,
bien lo puedes observar,
nos arrastran por el lodo...
¡paciencia y conformidad!
Esto tiene sus ventajas,
negármelo no podrás;
el saber que de sus actos
no tiene cuentas que dar
ningún asesino aleve,
monstruo de perversidad,
porque sólo los espíritus
lo han impulsado hacia el mal.
El hombre inconscientemente

comete una atrocidad,
y así como no debemos
confundir al criminal,
tampoco es justo que al sabio
le queramos coronar.
Las producciones de Homero
son el fruto nada más
de una pura fantochada
de remota antigüedad.
Copérnico y Galileo,
fueron ¡voto á san Pascual!
peleles, que los movía
invisible potestad.
Colón con sus carabelas
descubriendo *el más allá;*
Monturiol con sus afanes
y con sus triunfos Peral,
monigotes automáticos
han sido, son y serán.
Porque ya es sabido, amigo,
que la pobre humanidad,
en este valle de lágrimas
por do transitando va,
no tiene libre albedrío
ni fuerza de voluntad.

VICENTE R. JORDÁN.

La Plata, 1889.

ESTAMBRES Y PISTILOS

Bajo el velo del agua transparente
impregnada de rayos luminosos,
estambres y pistilos pudorosos
se citan, para amarse, en el ambiente.

Atravesando el líquido luciente
asómanse los tallos amorosos,
y á los himnos del viento rumorosos
los desposa la luz resplandeciente.

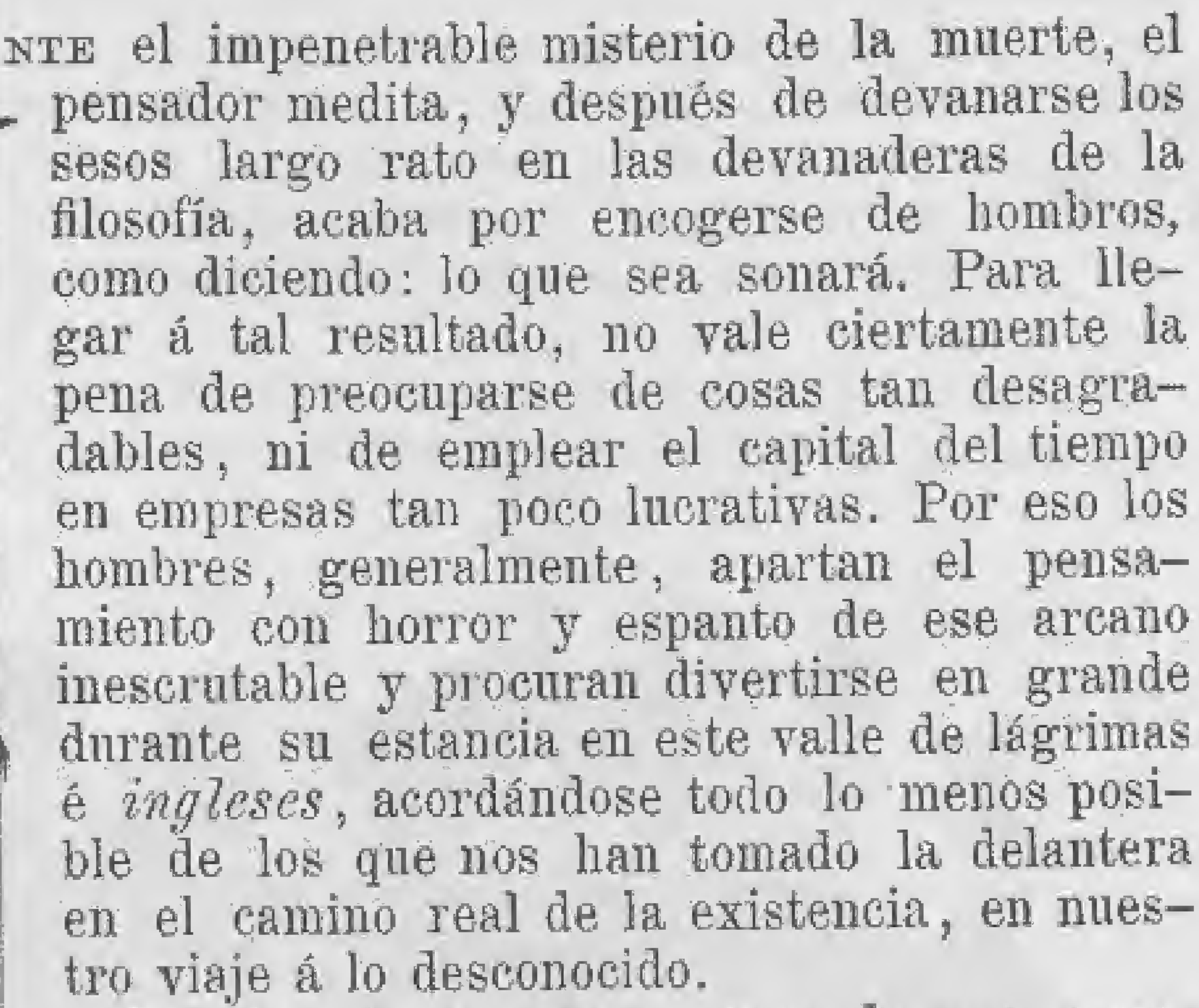
A la vez en las frondas escondidos,
¡cuántas dulces escenas misteriosas
entre los bosques formarán los nidos!

El lento desplegarse de las rosas,
el crujir de los granos, los latidos...
¡oh concierto invisible de las cosas!

SALVADOR RUEDA.

1889.

EL DIA DE DIFUNTOS



ANTE el impenetrable misterio de la muerte, el pensador medita, y después de devanarse los sesos largo rato en las devanaderas de la filosofía, acaba por encogerse de hombros, como diciendo: lo que sea sonará. Para llegar á tal resultado, no vale ciertamente la pena de preocuparse de cosas tan desagradables, ni de emplear el capital del tiempo en empresas tan poco lucrativas. Por eso los hombres, generalmente, apartan el pensamiento con horror y espanto de ese arcano inescrutable y procuran divertirse en grande durante su estancia en este valle de lágrimas é *ingleses*, acordándose todo lo menos posible de los que nos han tomado la delantera en el camino real de la existencia, en nuestro viaje á lo desconocido.

La idea de la muerte goza de muy pocas simpatías, aun entre los que arrastran la vida como pesada cadena, excepción hecha de los locos ó desesperados, para quienes levantarse la tapa de los sesos es asunto baladí: los demás nos dejamos llevar del furor dominante hoy día y que caracteriza la época que atravesamos á toda máquina en el tren de la civilización; nos referimos á la manía de las colecciones: todos queremos coleccionar años, y familia conocemos que resulta ya arcaica.

Afortunadamente, media ya larguísimo trecho, cronológica é históricamente hablando, desde los tiempos de la antigua Roma, en que el hastío y el tedio habían arrastrado á las gentes al culto de la muerte, bien supremo, según Lucano, que debiera otorgarse sólo á los hombres virtuosos; y el mayor bien de la vida, según Plinio, el cual quema todo el incienso de su entusiasmo en aras de esa sombría divinidad, sin animarse á sacrificarle, empero, su existencia, lo que viene á probar que el capitán Araña, aun antes de nacer, tenía ya imitadores en la Roma pagana.

Hoy nadie se muere á gusto: el que cierra los ojos, lo hace contra su voluntad y obligado por las circunstancias, y á veces por los médicos, que son, en ocasiones, otras circunstancias agravantes; la raza de los estoicos se ha agotado. Y no solamente no nos hace maldita gracia la muerte, sino que á muertos y á idos, no hay parientes ni amigos, según reza el refrán.

El recuerdo de los muertos recibe culto fervoroso en el alma de los padres, hijos, hermanos, y de tal ó cual viuda consecuente ó ex marido fiel; los demás profesan la religión de la indiferencia; los parientes suelen llevar luto ocho días solamente: luto oficial.

Sin duda por el qué dirán, la sociedad consagra un día á la memoria de los muertos, día en que afluye numerosa á



los cementerios y los invade como crujiente ola coronada de negra espuma de encajes y blondas; la vanidad no retrocede ni ante la pálida imagen de la muerte y pasea sus galas y su pompa por esas silenciosas calles de sepulcros, más ó menos suntuosos, donde reposan los que fueron, los que nos precedieron en la penosa jornada de la vida; y no es difícil escuchar el zumbido de los epigramas con que la impiedad asaeta á vivos y muertos, allí donde sólo debieran verse lágrimas en los ojos, allí donde sólo debieran brotar de los labios aladas oraciones...

Para algunos, y sobre todo para algunas, la visita á los muertos es un espectáculo, y un espectáculo de gala: el brillo de las piedras preciosas se confunde en un solo rayo de luz con el brillo de las sonrisas que chispean en no pocos labios de grana, y no hay filósofo, más ó menos auténtico, que no se forme una menguada idea de los sen-